

Filmoteca

de la Biblioteca

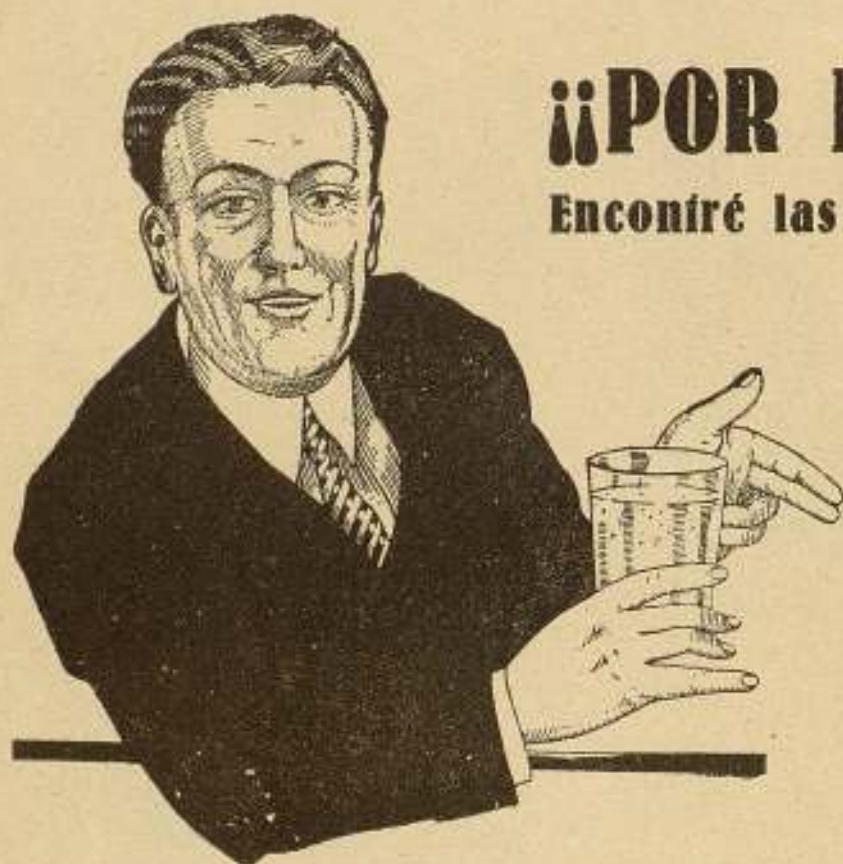


SALES LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL

*



¡¡POR FIN!!

Encontré las mejores y más económicas.

Para
combatir
la

Gota,
Reumatismo,
Artritis,
Enfermedades del estómago,
Estreñimiento,
Hígado,
Riñones,
Vejiga,
Hiperclorhidria,
etcétera

*

Se expenden
en

VASOS y CAJAS

de cristal de
12 paquetes
para preparar
12 litros

metálicas de
15 paquetes
para preparar
15 litros

CAJAS GRANDES

de 120 paquetes para preparar 120 litros de la mejor y más económica

agua mineral de mesa

DEPOSITARIOS
EXCLUSIVOS

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

PRINCESA, 1

BARCELONA

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

31 DE DICIEMBRE DE 1931

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Tervel, 2, 1.º izquierda

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:
Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. - Barbadá, 16, Barcelona - Ferraz, 21, Madrid - Mártires de Jaca, 20, Irún
Plaza de Miraflores, 2, Valencia - San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

Un Hollywood a 50 kilómetros de Madrid

(Hablando con Carmen Larrabeiti)

COMO si la pluma de Mateo Santos, tajante de puro sincera, gozando ironía a fuerza de emoción, hubiese sacudido el marasmo de la producción cinematográfica nacional al poner un merecido «inri» sobre ella, han surgido en tierras de Levante y en Aranjuez—el ex cortesano retiro fecundo en motines, pronunciamientos, intrigas... y espárragos—, los primeros estudios serios de cinema propiamente español.

Los de Valencia ya han sido presentados a nuestros lectores por su mismo promotor, Armand Guerra, y comentados en una crónica optimista—levantó el «inri» para escribir un «hosanna»—por Mateo Santos. Nada hemos de añadir a esta presentación afortunada. Pero los estudios de Aranjuez no han sido presentados por nadie, que yo sepa, y quiero apresurarme a hacerlo, aunque, en este caso, la presentación se refiera a una esperanza, a un sujeto nonato sobre cuyas condiciones de viabilidad pueden los cineastas abrigar cuantas dudas quieran. Yo no abrigo ninguna, sobre todo después de oír a Carmen Larrabeiti hacer la descripción «ideal» de estos estudios de Aranjuez. Veo pabellones, escenarios, «estrellas», toda una constelación de «estrellas» en una cinta infinita de celuloide, y asisto al desbordamiento de Aranjuez o al desdoblamiento, como ahora se dice, de Aranjuez, hasta convertirse en una ciudad arbitraria, brillante y cosmopolita que eclipsa a Hollywood. Y doy por hecho el milagro. Después de todo, un milagro es la cosa más natural del mundo. ¿No son, por ejemplo, un milagro los ojos de Carmen?

—Y, dígame, Carmencita, ¿vendrán alemanes a Aranjuez?

—No, pero irá Muñoz Seca en representación de ellos.

—¿Muñoz Seca? Ah, sí, ya caigo. Lo dice usted por el bigote a lo kaiser.

No, hombre, lo digo porque es uno de los promotores. Y los hermanos Quintero.

—Anda, ¿también los «niños»?

—Sí. Y la Sociedad de Autores en pleno.

—Esas son palabras mayores.

—Y tanto. No es juego, no: hay millones.

—De chistes, por lo menos.

—Quite allá. Millones de veras. Y entusiasmo y afán de hacer cosas auténticamente nuestras, y no postizas. Con nuestra historia, nuestra literatura, nuestro folklore y nuestro temperamento, aprovechados artísticamente, la producción cinematográfica española ocupará en seguida un puesto de honor entre las más destacadas. El mundo es nuestro, amigo mío. Pronto en Aranjuez se producirán más películas que fresas. Los jardines tan amados de Rusiñol se harán más célebres que el bosque de Bolonia.

—Y nuestras «estrellas»...

—Nuestras «estrellas» serán «fijas». Diga usted eso en POPULAR FILM.

—Perfectamente, nada de estrellas errantes de estudio en estudio extran-

jero. Tenemos derecho a una constelación propia. Usted, Catalina Bárcena, María F. Ladrón de Guevara, Eugenia Zúffoli...

—Ellas sí, y otras muchas compatriotas nuestras a las que enfocan muy mal los telescopios americanos. En todo entra el patriotismo, y allí son bien patriotas. En cuanto a mí..., no sé, no sé... Si en Aranjuez y en Valencia—¿no observa usted qué amigo es el cinematógrafo de los jardines, de las flores, de la luz?—si en Aranjuez y en Valencia se realizan al fin los sueños... Ahora vuelvo entusiasmada al teatro; no quiero ser ingrata con él. Claro que todo es uno y lo mismo: Arte.

—Y, con usted, feminalidad, belleza, estilización...

—¡No está usted mal «estilista»!

—Perdón, Carmen, he dicho una vulgaridad.

—Si no es más que una...

—¡Ah!, ¿cree usted que he dicho varias?

—No, hombre, no, sosiéguese. Por lo menos, yo no lo he notado.

—Es usted piadosa.

—Distraída. (Y ríe picaresca y cordial. ¡Dios mío, qué risa! Hecha de pétalos y espinas, como las rosas.)

Y se acabó la entrevista, es decir, la sugestión, es decir, el milagro, porque yo he «visto» a Aranjuez como un Hollywood a 50 kilómetros de Madrid. Un Hollywood donde Muñoz Seca y los «niños» escribirán diálogos que recorrerán medio mundo y en los que el «good bye» será «abur», como Dios manda.

Ahora recuerdo que el otro día, hablando con los hermanos Álvarez Quintero, me confesó uno—¿el mayor, el menor? ¡Vaya usted a precisar!—: «Cada vez sentimos más ansias creadoras, más afán de hacer algo nuevo...» ¡Aranjuez, no hay duda, bulle en la imaginación quinteriana!

ANTONIO GUZMÁN MERINO

FELIZ AÑO NUEVO

deseamos a los lectores y anunciantes de

POPULAR FILM.

Que 1932 les traiga los dichas y éxitos que el año que se va les haya regateado.



Correo femenino

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER MODERNA

UNA de las características de la educación de la mujer, hasta recientemente menpreciada, está ahora cautivando la atención de las mismas mujeres, convencidas ya de que para desempeñar debidamente su función en la obra social necesitan tener más práctico adiestramiento en las cuestiones económicas.

En pasadas épocas no necesitaba ser experta en el manejo de capitales, porque su educación era enteramente pasiva y había de obedecer y no mandar, servir y no que la sirvieran, pues su hacienda lo mismo que su persona, estaba administrada y regida por el hombre. No conocía el valor de sí misma e ignoraba infinitamente todo cuanto a los derechos de propiedad se refería. En rigor, no era dueña de nada. En los contratos y estipulaciones se le decía que firmase y subscribiese sin leer los documentos, de cuya importancia estaba ayuna.

Aún hoy día la mayoría de mujeres están en deplorable ignorancia de las operaciones hacendísticas, y es muy vergonzoso que los parientes abusen de la mujer en cuestiones de testamentarias, legados, herencias, hipotecas, donaciones y transmisión de bienes. Muchas viudas y solteras, a quienes jamás se les enseñó el valor de un peso ni como provechosamente emplearlo, han sido víctimas, no sólo de astutos leguleyos y desleales tutores, sino de sus propios hermanos y parientes. No es raro encontrar mujeres, en otros aspectos dase cuenta de la trascendencia de su acto. Millares de víctimas de la ignorancia de los negocios se vieron reducidas a la miseria por las arterias de los fulleros en quienes cándidamente depositaron su confianza. Otras se encontraron, al perder súbitamente a sus maridos, con la carga de pesadas responsabilidades muy bien educadas, que ni siquiera se tomaron la molestia de exigir recibo de las cantidades

citadas, perseverancia, tenacidad y optimismo de la esposa del dueño se debió la prosperidad de la empresa o la salvación de un negocio amenazado de quiebra. En pocos países del mundo abundan como en Cataluña las razones sociales con nombres femeninos, y frecuentísimo es ver aquí a la mujer desempeñando en persona funciones de gerente y llevando por su propia mano las cotidianas operaciones del negocio. Y si esto ocurre a pesar de la deficientísima educación hasta ahora recibida, cabe esperar que la mujer se coloque en el primer plano de la idoneidad comercial cuando no se la mantenga en deplorable desconocimiento de las cuestiones financieras. No serán entonces víctimas de la ignorancia, por una parte, y de la hollaguería, por otra. Tendrán educación comercial, siquiera rudimentaria, en términos suficientes para la administración doméstica, y sabrán cómo manejar sus intereses y guiar la vida fuera del hogar, si necesario fuese.

La nueva educación no dejará en olvido nin-

gún aspecto de la naturaleza femenina. Pre-dispondrá a la mujer en todos sentidos para aprovechar las favorables ocasiones y magnas posibilidades que ante ella se abren y dan formidable estímulo a sus anhelos. En el porvenir podrá la mujer aspirar, como nunca, a cargos, empleos y profesiones de responsabilidad y empeño, por lo que ha de estar perfectamente equipada para las tareas que le aguardan. A la educación del porvenir no le servirán los métodos y procedimientos pedagógicos de incompleta eficacia. Su educación en los aspectos de responsabilidad social es de grandísima importancia, porque hay continua demanda de mujeres técnicamente profesionales en esta modalidad. Pero todavía de mayor importancia, que supera a todos los aspectos de la educación femenina, es su educación para la maternidad. En beneficio de la patria y la sociedad es indispensable que las madres estén mejor educadas para afrontar su gravísima responsabilidad moral. Todas las jóvenes deben estar versadas en economía doméstica, en el gobierno del hogar, aun cuando la vocación las lleve a seguir una carrera profesional. Muy fatal es la costumbre de criar a las hijas como delicadas plantas de estufa, y después transplantarlas, por decirlo así, de pronto a los climas árticos. Se las ha de educar para que actúen airoso y en el mundo en que han de vivir. Se las ha de fortalecer por medio de una sólida e integral educación con miras a su discreta independencia y equipadas antinmicamente, de suerte que si a ello las obligan las vicisitudes de la vida puedan bastarse a sí mismas.

F. C. T.

Dos retratos de María Antonieta

La maravillosa colección de grabados y dibujos del Museo británico se ha enriquecido con dos esbozos preparados por Luis David para un retrato de la reina María Antonieta, que, al parecer, no fué nunca pintado, pues no se hace mención de ellos en la biografía del pintor ni en la iconografía de la reina. Uno de estos esbozos es de cuerpo entero, y fué dibujado en enero de 1793, cuando María Antonieta estaba prisionera. Fue dibujado en el reverso de una hoja de música inglesa impresa. Hállase cuadrículado en previsión de ampliación, y hay al margen notas de manos de David, referentes al vestido que lleva la soberana.

El otro esbozo es una reproducción de la cabeza de la reina, de mayor tamaño. Los dibujos pertenecían a una familia, desaparecida, de un emigrante francés refugiado en Inglaterra, durante la Revolución.

Estafeta

Miguel Pío. — Ciudad. — No me consueles vos fates ni su preparación para aspirar a ser artista de la pantalla. Otra vez será, hermano.

Nicolás Moreno. — Linares. — La dirección que le interesa es la siguiente: Societat des Films Oss. 73 AV. des Champs-Élysées. París (8e).

S. C. R. — Madrid. — La película sobre la que usted pide informes no se estrenará seguramente en España, aunque a juicio nuestro, por haberla visto en sesión privada hace ya un año, merece estrenarse.

Luisa de Utrera. — Ciudad. — No es posible atenderle en su petición. Sería conveer en Galesina la sección de Estafeta. En la Prensa diaria encontrará lugar adecuado para el anuncio que le interesa.

Rosario Barro. — Jerez. — William Fox. Fox Studio. 1401 No. Western Avenue. Hollywood, California.

VAPORAL

LAVA EL CABELLO EN SECO
sin DESONDULAR

Adolphe Zukor, Paramount Public Studios, Hollywood, California.

José Estradere. — Ciudad. — Ignoramos lo que ha ocurrido con ese Concurso de argumentos, por ser en absoluto ajeno a nuestra organización y esta revista. Pero creemos que como tantas otras cosas habrá fracasado.

José Lucía. — Lápota. — ¿Pero quién le ha contado a usted que aquí contratan a los aspirantes a artistas de cine? Si usted sabe que se han instalado ya unos estudios en Valencia sabe más que nosotros, que sólo sabemos que van a montarse en plazo breve.

Domingo Barro. — Linares. — La dirección de ese artista es, como sigue: Radio Pictures Studios, 700 Sunset Street, Hollywood, California.

Antonio Díaz. — Mesas Grande, 20, Lucena, desea continuar correspondencia con ahorría ahorrada al cine.

La de luto. — Albalade. — Casi todo el año es primavera en el lugar en que vivía. Sin embargo, las estaciones están inventadas con relación a Europa; es decir, que allí es verano cuando aquí estamos en invierno y viceversa. El viaje es muy costoso. Nos parece una locura que se arriesgue usted a ir allí a la aventura. Bien se conoce que es usted una niña.

Juana Ruiz. — San Felis de Llobregat. — Su asunto, aunque real, no interesa a ninguna empresa. Hay muchas cosas en la vida de los individuos que carecen de emoción artística.

Araceli Padraza. — Lucena. — Muy bonita, esta. Publíquenos la foto cuando no sea posible, pero se publicará, no le quita nada.

ARGUMENTOS de PELÍCULA

Si le interesa escribir para el cine y desea llevar sus creaciones a la pantalla, escribanos sin demora. Informes gratis.

UTILIDAD

Apartado 159 - VIGO - España

que pagan y desconocen la importancia de poner su firma en un documento.

Ejemplos lastimosos hay de mujeres que otorgaron plenos poderes a un pariente sin hacendísticas que no fueron capaces de asumir, quedando a merced de no siempre honrados agentes de negocios, que se prevalecieron de su ingenuidad.

Es desconsoladora la ignorancia que la gran mayoría de las mujeres estadienses padecen respecto de los más sencillos procedimientos de manejar su hacienda. Centenares de jóvenes salen de los colegios de nota creyendo haber completado su educación y no saben extender un recibo ni formular una factura ni redactar un contrato ni saber lo que son cheques, letras de cambio, acciones, obligaciones, resguardos, pólizas y demás instrumentos de la documentación mercantil.

En cambio, la mujer catalana aventaja en este punto a cualesquiera otra, según demuestra la observación de las costumbres e idiosincrasia de esta laboriosa región española. Muchas casas de comercio de Cataluña están regentadas por mujeres, y a la energía, soli-

AÑO NUEVO

Un año más, ¡qué tristeza!
Más frío en el corazón,
Nieve sobre la cabeza
Y sin ninguna ilusión.
Sin paz ni tranquilidad,
Porque muertas las pasiones
Sólo existe una verdad:
Una tumba y unas flores.

E. VIDAL

GEROGLÍFICO. — Remitido por L. Sabaró

iente
sal

(La solución en el número próximo)

Solución a la tarjeta del número anterior:

MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEVARA

VIDAS EXTRAORDINARIAS

Sessue Hayakawa, el enorme trágico nipón, vuelve al celuloide

I

A nuestro oído, siempre ávido de recoger nuevas, llega la noticia del reingreso de Sessue Hayakawa al VII arte, faltando muy poco para que se presente al mercado la película Paramount, titulada «La hija del dragón», y en la cual son colaboradores suyos la exótica Anna May Wong, Warner Oland y otros artistas de valía.

¿Quién no recuerda, siendo aficionado al cine, la fisonomía llena de energía y expresión del protagonista de «La marca del fuego»?

De mediana estatura, más bien baja que alta, fué el primer hombre de color que triunfó ruidosamente en el clásico cine mudo. La naturalidad de su escuela, un poco hierática, pero evidentemente expresiva, hizo ser considerado como prototipo de una raza culta y sobria, que a una privilegiada resistencia física reúne una inteligencia despierta. A través de su arte y de su cara, abstracta y hermética, con sus minúsculos ojos de almendra, llegó al mundo de las sombras y de los contrastes luminosos para enseñarnos a saber comprender y admirar la raza nipona, entre cuyas manos, acaso, se halla la suerte futura del Universo.

Hubo en Sessue Hayakawa durante su larga convivencia con los espejos del séptimo arte, un símbolo y una cuestión de raza. Era un actor interior, como los latinos son actores exteriores. La ventaja de Sessue, actor oriental, sobre sus compañeros latinos en arte y sobre los sajones y germanos, estaba esencialmente en la parsimonia de sus gestos. Allí donde estos últimos intérpretes creen necesario exponer grandes dotes mimicas para dar la expresión exterior y anímica de la rabia o del dolor, Sessue, sin esforzarse en lo más mínimo, nos ofrecía una impresión más valiosa y serena todavía, con menos gestos.

Y no obstante esta oposición de método, el instintivo recelo del americano y la sensibilidad de cualquier otro representante occidental, dió el mundo entero satisfacción íntima y sanción dócil. Su nombre corrió de labios en labios y fué motivo de que se le disputaran las principales firmas de los consorcios de producción fílmica.

Sessue llegaba del Japón, donde había nacido, con el ambiente innato y las influencias de «la primitif d'une nouvelle esthétique» que debía ofrecer a las teorías artísticas de los yanquis, tan propensos a mantener sus fórmulas

y su indudable poderío. Por encima de la defectuosa e inverosímil deformación congénita de los estadounidenses, debía Hayakawa imponerse como intérprete del verdadero Oriente y como pintor real de su raza.

El japonés nació en Tokio el 10 de junio de 1893, siendo hijo de nobles militares, por cuyo abuelo ingresó como guardia marina en la Escuela Naval, aunque su aspiración era la de ser maestro de escuela, pues a la inversa de muchos artistas, éste no tuvo, desde la infancia, vocación ni para el teatro ni para el «cine».

A los quince años, pues, entró en la Academia Náutica. Un día él y varios camaradas de estudios tuvieron la ocurrencia de hacerse decir la buena ventura, y he aquí lo que le dijo el «profeta»:

«Abandonarás el país de tus padres y atravesarás el gran mar, pero no será como oficial de marina. Cambiarás de profesión y conocerás el éxito y la celebridad.»

Rióse Sessue de la predicción trazada por el

adivino, pero pocos días más tarde, arrojándose al agua calculó mal el impulso de la zambullida y cayó sobre unas rocas, hiriéndose gravemente en la cabeza, de resultas de lo cual quedó sordo e imposibilitado, por de pronto, para seguir la carrera de marino.

Más tarde, sus padres le enviaron para que iniciara los cursos en la Universidad de Chicago. Había, pues, cruzado el mar como se lo predijeron.

Siendo estudiante comenzó a traducir al japonés las obras inglesas, especialmente Shakespeare; también traducía otras literaturas: a Tolstói y a Ibsen, y así despertó su irresistible vocación dramática. Poco después formó compañía teatral con la actriz Sada Yacco, europeizando el teatro japonés para dar a conocer a sus numerosos compatriotas, residentes en el oeste de los Estados Unidos, los clásicos ingleses, noruegos y rusos que él había traducido. Una de las actrices que actuaba en la compañía «Hayakawa-Yacco», era Tsuru Aoki, sobrina de aquella primera actriz. Sessue se consideró feliz con su amor, y después de los días radiantes de idilio y de trabajo en la versión japonesa de «Otelo», representada con imborrable éxito en San Francisco, contrajo matrimonio con Tsuru Aoki, la cual, aparte de ser su compañera en el ambiente más dulce de su hogar, lo ha sido con gran talento en la mayoría de las películas de Hayakawa.

Jesús Alsina

LA PELÍCULA RELIGIOSA

SANTA ISABEL DE NUESTROS DÍAS

Nada más delicado de tratar que la película de tema religioso. Se dice corrientemente «realizar» una película, pues de hecho, el cinema realiza en el sentido que la imagen animada da cuerpo—muchas veces en forma completamente inesperada—a ideas que en el espíritu de cada uno evocan imágenes diferentes, interpretando cada uno un poco a su manera lo que lee o oye contar. Esto es lo que sucede generalmente con los héroes de la fe, alrededor de los cuales se crea, mediante el entusiasmo religioso, una atmósfera de leyenda y que en el espíritu de los fieles se eleva a un supremo ideal del que la obra cinematográfica mejor intencionada puede muchas veces hacerlos caer. Pues, qué más o no, se trata en estos casos de «realizar» un «ideal», y por esto es extremadamente delicada la labor del cineasta.

Y por esto se explica que en los mismos centros religiosos no se esté siempre de acuerdo en cuanto a la manera de apreciar las películas de tema religioso y que se discuta tanto, de cualquier confesión que se trate, sobre el carácter que hay que dar a este género de producción. Muchas películas de tema religioso son bastante aproximadas y tratadas un poco a la manera de ciertas películas históricas; no falta en ellas lo que puede hacer sensación... y buenos ingresos, aunque se acerquen a la verdad; pero falta lo esencial: el soplo de la fe. Las críticas que se les hacen son muchas veces justificadas.

Pero hay una película sobre cuyo tema parecen estar de acuerdo para juzgarla digna de ser recomendada a los fieles (se ha dado en proyección además en las «Jornadas católicas alemanas», de Nuremberg, en agosto último): es «Santa Isabel de nuestros días». Esta película ha sido rodada en ocasión del VII centenario de la muerte de santa Isabel de Hungría, por la Leo-Film, de Munich, que es, como se sabe, el establecimiento de producción de las Asociaciones católicas de Alemania consagradas a la mejora del cinema.

La figura dulce y piadosa de la santa que ha inspirado a muchos pintores, tenía que tentar a los adeptos al séptimo arte. La Leo-Film ha realizado una gran obra, puesto que además de su valor artístico, las autoridades competentes le han reconocido un gran valor educativo. Se sabe lo que significa en Alemania este reconocimiento oficial: reducción sen-

sible de los impuestos de representación y apoyo completo por parte de las autoridades y de los Institutos de educación.

Esta es la razón de que hablemos en nuestra Revista de esta película, cuyo valor educativo ha sido reconocido de una manera tan oficial.

Su título «Santa Isabel de nuestros días» hace adivinar un acercamiento entre la época en que vivía la santa, protectora de los débiles y de los oprimidos, y nuestra época. Las sugestivas escenas de la Edad Media, en las cuales vive y obra santa Isabel de Hungría, se alternan armoniosamente con escenas que representan las modernas instituciones de caridad, de asistencia a los pobres, a los enfermos. Verídica reconstitución de tiempos pasados y documentación fiel de los tiempos modernos realizada en una atmósfera impregnada de amor al prójimo. Esta película, pues, no puede ser más educativa.

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida

Las preocupaciones desaparecen con el uso del apósito

MADAMEX



El más cómodo de llevar
El más fácil de tirar
Pesetas 3,50 caja

VÉNDESE EN TODAS PARTES

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

Un claro en la vida de Clara

La prensa mundial ha estado publicando una serie de noticias procedentes del lejano Oeste, en que se aludía a la boda de Clara Bow con un individuo misterioso.

El primer telegrama publicado, decía:

«Corren rumores de que va a celebrarse la



boda de la célebre «star» Clara Bow, con un individuo que tiene una vaca.»

Esta noticia, como comprenderán nuestros lectores, era muy vaga. Perdón, queríamos decir muy vaga.

Luego, en un segundo telegrama, se aclaró algo lo de Clara. Y se dedujo que no se casaba con un individuo que tenía una vaca, sino con un vaquero del Far West.

En el tercer telegrama ya se averiguó que ese vaquero se llama Rex Bell.

Y, finalmente, en un cuarto y último tele-



grama, se ha dicho que Clara Bow y Rex Bell, que la «estrella» y el vaquero, hace tiempo que estaban casados y que ella, Clara, se retira del cine y se dedicará con su esposo a cuidar el rancho.

Greta, la virtuosa

Hay virtuosos del violín y virtuosas de la aguja, por ejemplo. Pero es más raro aún hallar virtuosos en la vida.

Sin duda, Greta Garbo, la famosa y original «estrella» sueca, tiene también la originalidad de la virtud. Cosa más extraordinaria, que en ninguna otra mujer, en una vampírea del celuloide.

Sin embargo, se explica perfectamente. Las vampíreas, a fuerza de fingir pasiones morbosas y de asesinar con sus besos a los infelices galanes, acaban por saber que no hay gozo comparable al de la virtud.

Y aunque nos tachan de moralistas diremos que es así. La virtud, ¡oh, la virtud!, residía antes en las pobres mujeres oscuras que se



pasaban el día zorciendo calcetines, pero ahora reside en las vampíreas del cinema, que fingen ser perversas por no avergonzarse a los demás mortales que tenemos nuestros defectos, entre ellos el de no ser demasiado virtuosos.

¡Ay, mamá!

Catalina Bárcena triunfa indiscutiblemente en «Mamá», la película que marca su primera salida a la pantalla.



En su próxima cinta alternará con Paulino Uzcudum: ella como ingenua y él como galán.

Ya vemos a la ilustre actriz interpretando, como Mary Pickford, un papel infantil.

Pero nosotros la preferiremos siempre en «Mamá», en una mamá como la de «Mamá», tan joven, tan apetitosa y tan encantadoramente frívola.

Paulino Uzcudum, galán de cine.

«El ágil púgil de Régil hará el «rol» principal de una cinta española, hablada en vascuence, y titulada «Corazones vascos».



Este suelto, publicado en algunos periódicos, nos ha dejado K. O., como si el púgil de Régil nos hubiera largado un directo «sot» la barba.

¡Paulino, galán de cine, es decir, niño bonito de la pantalla!

Pura los que nos acordamos de su época de leñador y nos lo imaginamos partiendo un tronco—no de caballos, sino de árbol—en tres hachazos, lo cual es ser un «chacha», y luego repartiendo golpes en un ring y, sobre todo, recibiendo, no podemos figurárnoslo así de golpe y porrazo puesto en cinta.



¡Vamos, que el ex leñador y el boxeador encajado en una cosa tan delicada como el celuloide...! Tememos que haga polvo el film con un resoplido.

También podría suceder que su figura arrogante influyera en el ánimo de alguna linda mujercita, sólo con el fin de sentirse acariciada por sus «manos de lirio».

Aunque después de todo, como decía aquél: de más brutos han sido alcaldes.

Consideraciones sobre la película sonora cultural

Dese que la película sonora domina en la cinematografía se producen también películas culturales en versión sonora. Esto tiene su explicación en el hecho de que los cinemas raramente disponen de una orquesta, y una proyección cinematográfica sin acompañamiento musical no gusta al público. Sin duda alguna, el elemento acústico, bien aplicado, contribuye no poco a enriquecer la película cultural, a aumentar el efecto y, por tanto, a impresionar más.

El ideal para la producción de películas sonoras documentales, si el sonido o el ruido característico del objeto a tomar tiene alguna importancia, es la toma simultánea del sonido y de la imagen. Sólo que esto es posible en muy pocos casos y casi siempre se aplica la parte acústica después de haber tomado la película. De esta forma se pueden tomar algunas escenas de manera que determinados ruidos, como el rumor del agua, el silbido del viento, el murmullo de la gente, los gritos de los animales, etc., parecen provenir realmente de la imagen proyectada en la pantalla.

Contra esta sincronización no hay nada que objetar si se realiza con cuidado y escrupulosa exactitud, y a este propósito recordamos la película de la «Terra», titulada «Hombres en el bosque», en la que se han sincronizado con éxito hasta los diálogos entre indígenas. Sobre este asunto el doctor Fiedler, de la Tobis, escribe en esta película, realizada por Gullt Pfeffer y por el doctor Dahlheim, en la que el acento de la lengua extranjera, los ruidos, el ritmo de la danza están tan bien reproducidos, que la vista y el oído los perciben simultáneamente, refleja con toda propiedad la vida y costumbres del negro. La película muda rodada en África fué después sincronizada por la Tobis-Melofilm.

Para obtener una reproducción tan fiel de la naturaleza han sido necesarios muchos minutos y fatigosos trabajos. No sabiendo a qué tribu pertenecían los negros que habían sido cinematografiados, fué necesario dirigirse al negro Folly, cocinero del duque Adolfo Federico del Mecklenburgo, que supo precisar en seguida los caracteres étnicos. La mayoría de los negros era de la tribu llamada «Krio», mientras que los otros y entre éstos el propio Folly, pertenecían a la de los «Ewe». Con la ayuda de Folly se pudo reunir quince hombres, diez mujeres y algunos niños, todos negros residentes en Berlín, y proyectarles diversas veces la película para que pudieran comprenderla bien.

El primero que se dió cuenta de lo que los negros querían expresar en la pantalla fué Folly, pero también los demás reconocieron muy pronto las ceremonias religiosas tan queridas por ellos, y no había pasado medio minuto que, olvidando la poca civilización adquirida, empezaron a tocar el tambor con el ritmo de la imagen proyectada, a gritar, a quitarse las ropas y a bailar como si se encontraran en su tierra africana. Comprendiendo las palabras por el movimiento de los labios de los negros que se veían en la pantalla, se pudo saber lo que algunos meses antes y a millares de kilómetros de distancia habían dicho durante la toma de vistas. Solamente ante algunas fórmulas rituales pronunciadas por el mago, encontraron dificultades y no supieron qué decir. «Hablaba, tal vez, el lenguaje elevado del sacerdote, o eran palabras sagradas que una boca profana no pueden pronunciar? No se ha podido saber.

Los tambores a cuya sonido danzaban los negros inmigrados en Berlín, eran auténticos como los negros que los tocaban y fueron tomados por el director de escena en el Museo africano de Hamburgo. De esta manera, después de un fatigoso trabajo de algunos meses, la película tuvo su versión sonora, fiel a la verdad como si hubiera sido tomada en el lugar.

Sin embargo, sucede con frecuencia que la reconstrucción de las características del sonido a reproducir, o no es posible por falta de sujeto adecuado, o no tiene ninguna importancia en la sincronización de las escenas y, por tanto, no es conveniente.

En estos casos, y sobre todo si la acústica de las escenas tomadas tiene poca importancia, se recurre a la música, la cual acompaña la visión cinematográfica en forma muy feliz.

Un acompañamiento musical en sordina se presta mucho al momento patológico de la escena, que interrumpido a ser posible con algún ruido de efecto eficaz, puede dar resultados verdaderamente satisfactorios. A este propósito se pueden citar las películas «Con Byrd en el Polo Sur» y «Himaltschal», en las que este método se empleó con éxito cuando las escenas en efecto y en potencia emotiva, como en la película de Byrd, en la que la música contribuyó mucho a su triunfo. Bien es verdad que este mismo efecto se puede obtener también con una buena orquesta bien dirigida, como en la película «Sinfonía de la ciudad», de Rittmann; pero estas orquestas no existen ya hoy, porque ha resultado ya una necesidad hacer uso de la llamada «música en conserva». Por otra parte, este sistema tiene también sus ventajas, pues para la mayoría de los pequeños cinemas que no se pueden permitir el lujo de una orquesta, la música mecánica representa un progreso en comparación con el piano, casi siempre desafinado, que se usaba hasta hace poco.

Todavía se ofrece otra posibilidad a la sincronización de las películas documentales, cual es la de sustituir los títulos con una conferencia sincronizada e ilustradora de las escenas a representar.

Esta conferencia ilustrativa, que en el empleo escolar de la película debe ser sustituida por la palabra del maestro (ya que solamente él es capaz de explicarla, según la edad de los escolares y también según sus condiciones sociales e intelectuales), puede utilizarse en los cinematógrafos comunes y en los de carácter cultural si la conferencia se limita solamente a la materia a tratar y está dada por persona competente. Sólo que en la práctica la cosa se presenta bajo otro aspecto.

En una película cultural es de gran importancia la claridad de la palabra emitida, mientras que en una película teatral, si una palabra o una frase no ha sido comprendida por el público se adivina en la mayor parte de los casos su sentido por el desenvolvimiento de la trama, de la situación, etc.

Un buen ejemplo de la poca importancia que tiene en la película teatral la claridad de una palabra, y cómo el público intuye el sentido por la forma en que se ha pronunciado, por el momento de la escena, por el tono musical y la frase melódica, es el conocido número de variedades americano reproducido ya en la pantalla, en el que dos «clowns» recitan con un diálogo mudo una entera parte dramática.

Otro ejemplo hay en la película teatral alemana «La secretaria particular», y precisamente en la escena en que la protagonista está discutiendo detrás de una vidriera con el ordenanza de una oficina. El sentido de su conversación es muy comprensible, aunque el diálogo no se oigan más que las frases expresadas por los instrumentos musicales.

Las causas de la insuficiente claridad de la palabra hay que buscarlas en el defectuoso registro o en la reproducción sonora, pero pueden derivar también de la pronunciación, de expresiones o modos de decir poco comunes

al público, como sería el caso de un actor alemán de la Alemania del Norte y de un espectador de Alemania meridional o de Austria.

Estos inconvenientes tienen poca importancia, como ya se ha dicho, en la película teatral. Otra cosa es si se trata de una conferencia para explicar una película documental, puesto que los elementos necesarios para completarla, enriquecerla y hacerla comprensible, los da precisamente la conferencia.

Las experiencias que se han hecho en Austria han dado desgraciadamente un éxito poco feliz, puesto que se ha visto que si estas conferencias dejan poco que desear, el público se impacienta fácilmente, al punto de que no siempre la belleza de las imágenes hace olvidar el disgusto provocado por la conferencia.

Para las conferencias sincronizadas que acompañan películas culturales, se exige que el conferenciante posea una vocalización absolutamente adecuada al registro cinematográfico sonoro y que hable lentamente con un lenguaje desprovisto de toda inflexión dialectal. Pero estas exigencias no logran resolver la dificultad de la claridad de los nombres extranjeros. En la conferencia de la «Himaltschal», Dyrhenfurth ha resuelto brillantemente este problema haciendo aparecer en forma muy visible en un mapa los nombres de las ciudades extranjeras en el momento en que se pronunciaban. Este método debería servir de ejemplo y de norma.

Pero no quiero dejar de decir que en muchos casos se ha considerado oportuno el uso alternado y sucesivo de todas las posibilidades de sincronización indizadas; es decir, la ilusión del sonido característico de la escena, el acompañamiento musical adherido a la visión e ilustración de ésta por medio de la palabra hablada, según las necesidades y las posibilidades impuestas por la filmación muda.

Con este método se evita prácticamente la monotonía de las conferencias largas, así como la inutilidad de reconstruir con grandes esfuerzos sonidos característicos que en la escena son de poca importancia.

Pero en la aplicación mixta de las tres posibilidades se ha introducido la mala costumbre, o mejor el abuso de querer acompañar la palabra con música ilustrativa, exagerando de tal manera que se hace de la conferencia una especie de conferencia melodramática. Esto es ya falso teóricamente por el hecho de que la conferencia, como ya se ha dicho, debe ser objetiva y que las nociones que transmite no tienen nada que ver con el espíritu de la música. Prácticamente, además, la cosa es completamente absurda. El acompañamiento musical no surte otro efecto que el de hacer más difícil, y algunas veces imposible, la comprensión de las palabras y de destruir la intención tenida previamente de enriquecer por medio de ella la visión.

Ninguna superposición, pues, de conferencia y música en las películas documentales, sino intercalar una en otra.

Esto es el consejo que dirigimos insistentemente a los productores y que al mismo tiempo les puede convenir, ya que aboliendo la música ilustrativa, la palabra hablada logra mayor claridad, y de estas dos fuentes puede sacar una gran ventaja la industria cinematográfica.

ADOLF HIRT

Para
SUSCRIPCIONES
de
POPULAR FILM

dirigirse a
**LIBRERÍA
FRANCESA**

**RAMBLA DEL
CENTRO, 8 y 10
BARCELONA**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. _____
se suscribe a **POPULAR FILM** por
SEIS MESES **UN AÑO**

1 Ptas. 13 Ptas.
cuyo importe les envío por giro postal - les incluyo en sellos de correos (en este caso
certificar lo carta).

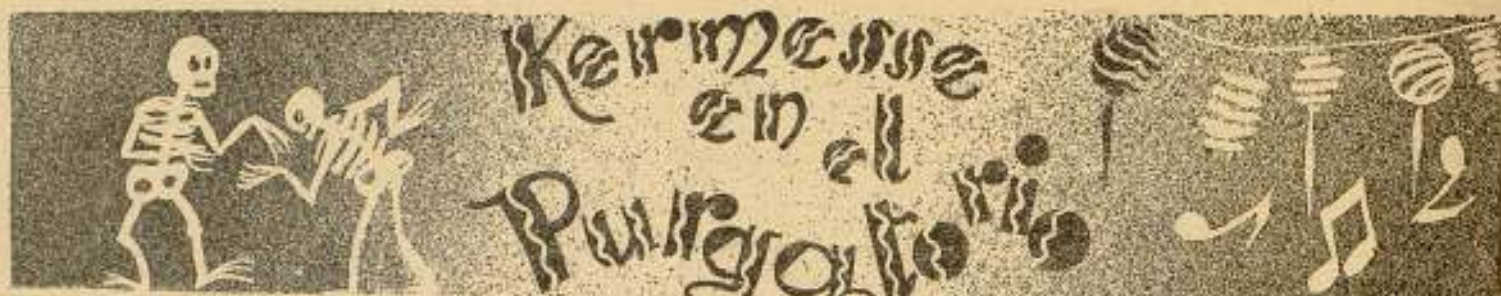
Domicilio _____ FIRMA: _____

Población _____

Provincia _____

Observaciones para su envío: _____

NOTA: Téngase el plazo de suscripción que no convenga.



y II

Schottis fúnebre

De Wifredo Costañer





SALLY SWEET
Actriz de la Universal.

El arte de Catalina Bárcena

Quien no ha oído hablar de la gracia y radiante simpatía de Catalina Bárcena, la eximia actriz de nuestro teatro, que sin esfuerzos de ninguna clase ha captado la admiración entusiasta del público de dos continentes, y que ahora, en «Mamá», su primera película, ha triunfado tan plenamente en el cine como siempre triunfó en la escena.

La Bárcena es la actriz suprema, la actriz perfecta. Ella no necesita actuar. Sus gestos salen de ella; no son esforzados ni estudiados. Son naturales, pero de una naturalidad tan flexible, tan suave y sugestiva que atrae, seduce y cautiva, cual fragante perfume de una fresca y purpúrea rosa. Para ella, el teatro es el reflejo de la vida real. Por eso, cuando sale a la escena, tiene ya comprendido y sufrido todo el sentimiento y el dolor que ha de expresar en su papel. Pero de la tragedia ella hace un poema, un poema de dolor, de ternura y compasión. Ella misma es el poema, ella misma es el alma de la obra. Ella es, quien le da la vida, quien le da el ambiente y aroma. La obra por sí sola tiene su valor, pero sin ella es como una flor sin perfume.

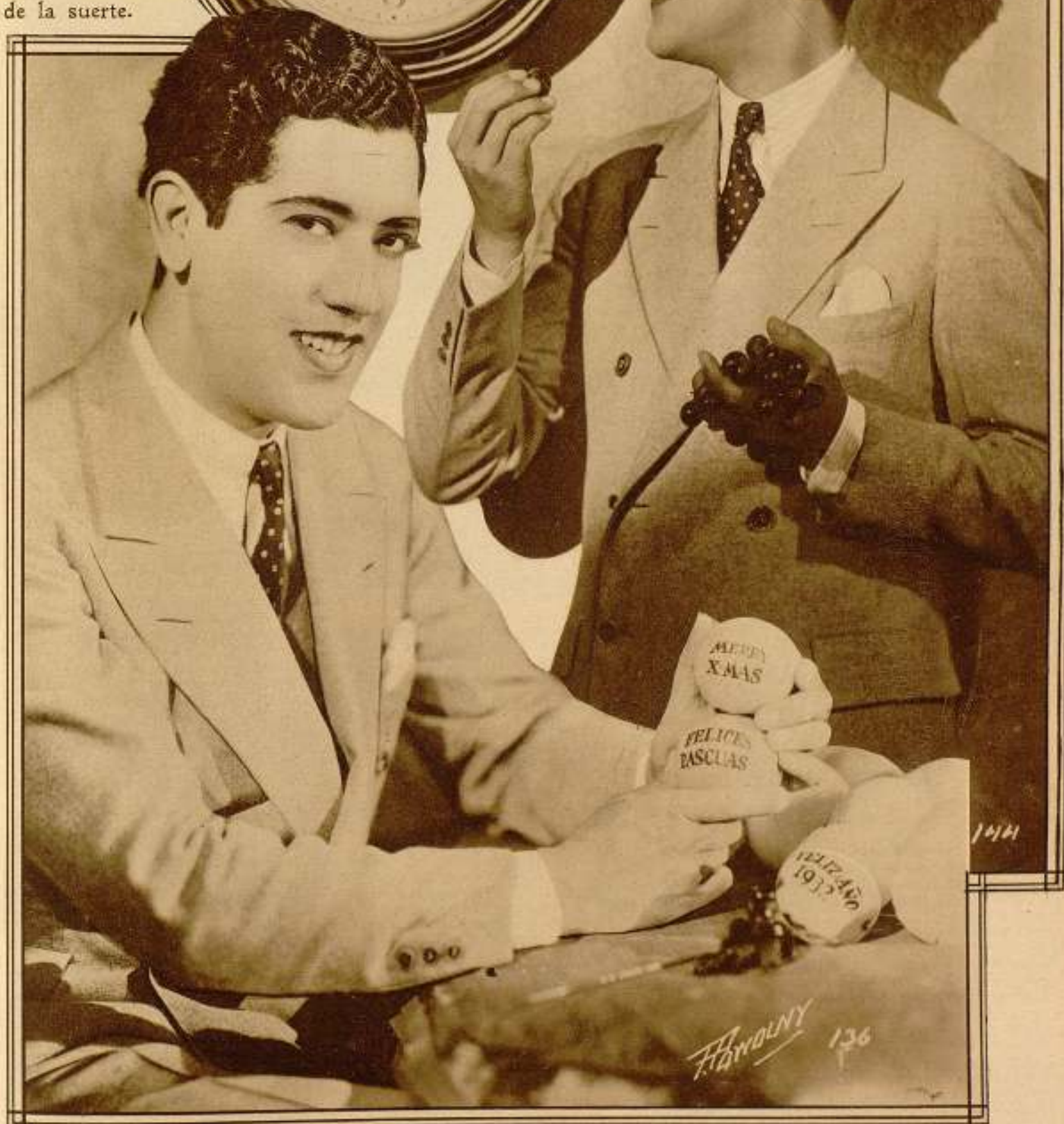
Catalina Bárcena es una actriz que desde el primer momento ha ganado el corazón de su público, y ha sabido hacerse comprender por éste. Sus palabras, que llevan encerrado consigo todo el sentimiento del amor, del dolor y de la alegría, han penetrado el corazón con suave insistencia hasta llegar a conmover y hacer llorar los ojos, no de alegría ni de dolor, sino de comprensión.

Así es el arte de nuestra adorada Catalina, la actriz que ante todo es mujer, encantadora, femenina, y gentil.



¡FELIZ AÑO NUEVO!

José Mojica, el popular artista de la Fox, desea feliz año nuevo a nuestros lectores y les invita a comer las uvas de la suerte.





El día de descanso de Joan Crawford

por MAURICE AGAL

¿Qué es lo que hace una «estrella» en su día de descanso?

Cuando no se requieren sus servicios en el «studio», ¿se pasa acaso las horas, largas y ociosas, en alguna playa? ¿O acaso emprende sendas caminatas por las montañas?

En fin, ¿es el «día de descanso» de una «estrella» como el día de descanso de cualquier persona que trabaja; es decir, un día de descanso?

Llegué a la conclusión de que sería interesante hacer un análisis detallado de la forma en que una «estrella» emplea su tiempo libre... estableciendo una comparación entre el de ésta y las actividades en que ocupa la generalidad de la gente su día de vacación.

Habiendo decidido tomar a Joan Crawford, la encantadora «estrella» de la Metro Goldwyn Mayer, por objeto de mi estudio, la llamé por teléfono. Como la inquieta Joan se hallaba por entonces entregada en cuerpo y alma a su trabajo en la última película parlante que prepara para M. G. M., mis esfuerzos por comunicarme con ella resultaron al principio inútiles.

Sin embargo, después de varios vanos ensayos, vine al fin recompensado por el alegre «¡Hola! ¿Quién habla?» de Joan, cuando llamé una vez más a su camarín del «studio» a la hora del almuerzo.

—¿Cuándo espera usted tener un día de descanso?—le pregunté.

—Un día de descanso! ¿A qué se refiere usted? (Yo no sé lo que es eso!—me contestó) Joan, de buen humor—. ¿Por qué lo pregunta?

—Todos sus admiradores han leído ya acerca de las horas que se pasa usted ante la cámara y el micrófono—principió yo—. Se han escrito muchos artículos sobre la vida que hace usted en el «studio». Y como el público tiene la impresión de que las «estrellas» de la pan-

talla emplean su tiempo libre en divertirse, en salir de compras y en embellecerse, me gustaría pasar en compañía de usted el primer día que tenga de descanso para observar en qué forma se pasa usted las horas en semejante ocasión.

—¡Ohhh! ¡Sí! ¡Ya lo creo!—me replicó Joan, sarcásticamente, si no me equivoco—. Venga usted a casa el viernes por la mañana. Ese día no tengo que trabajar y ya verá usted qué horas tan apacibles y felices me paso... ¡completamente sola!

A la hora en punto por ella fijada, me presenté en la preciosa casa de la «estrella», la que salió a recibirme con una amabilidad a la que ya nos tiene acostumbrados. Acababa de tomar el desayuno en el comedor. En el gramófono, un disco tocaba una de las piezas favoritas de la linda actriz.

—¿Quiere usted que vayamos al patio?—sugirió Joan, adelantándose al mismo tiempo hacia la puerta y saliendo al sol matinal y sedante.

—¡Esto es precioso!—exclamé, aspirando la luz, la belleza y el silencio que me rodeaban—. Y ahora haremos aquí una larga y sabrosa visita, sin que nadie nos moleste.

Joan no contestó sino que me lanzó una mirada que me decía elocuentemente que ya antes había tratado de «visitarlo» de aquel modo y que los resultados no se harían esperar.

Llevaba exactamente dieciocho minutos de ballarme allí de visita cuando ocurrió la primera interrupción. Joan no se turbó lo más mínimo. Hasta me sospeché que ya lo esperaba.

—Esta es la primera muestra que recibe usted de la forma en que una «estrella» emplea su día libre—sonrióme Joan, sapientemente, cuando su secretaria llegó a decirle que habían llamado del «studio» para pedirle que fuera allá por un momento para probarse un nuevo vestido.

—No nos tomará mucho tiempo—me dijo Joan, excusándose, cuando subíamos a su automóvil.

Una vez llegados al «studio», Joan detuvo el coche ante el edificio de tres pisos destinado al guardarropa y Joan entró en él a probarse el dichoso vestido. Adrián, el modisto que diseña todos los vestidos para las actrices de la Metro Goldwyn Mayer, la estaba esperando en su estudio. Al entrar, Joan me gritó:

—Trataré de hacer que se den prisa.

Pero no fué uno el vestido que se probó Joan Crawford, sino tres. Y, por si esto fuera poco, tuvo que examinar los proyectos de dos más y escoger las telas y los adornos para los mismos. El sombrerero del «studio» tenía dispuestos varios sombreros para que Joan se los probara; el zapatero la esperaba para tomarle sus medidas para un nuevo par de escarpines; el sastre en jefe quería probarla un nuevo modelo de abrigo de pelo de camello y el encargado de los abalorios del «studio» le llevó unas muestras para que Joan escogiese las más delicadas para un diseño de manto de noche.

—Vamos, ya podemos subir a mi camarín—suspiró Joan, cuando la fatigosa ceremonia de las pruebas hubo concluido.

—Señorita Crawford!—gritó, casi sin aliento, un «botones» que llegaba corriendo—. El departamento de «corte» quiere que no deje usted de pasar por allí y el fotógrafo dice que ya están listas las escenas tomadas ayer.

—No eche usted al olvido que hoy es el día de descanso de esta «estrella»—me dijo Joan, significativamente, girando sobre sus talones para dirigirse al departamento de «corte», en donde el «cortador» en jefe la explicó cómo se habían cortado ciertas escenas de la nueva película para que quedaran mejor. Ciertas escenas eran demasiado largas, otras demasiado cortas. Se seleccionaron los mejores «bustos» y elimináronse las escenas menos importantes.



algunas copias de ellas para su uso personal. Pidió luego informes acerca de una nueva pintura para retratos «de estudio». Finalmente (¿o habría todavía más, Dios mío!), hizo una cita para que la tomaran nuevas «poses».

Estaba por morir el día cuando volvimos una vez más al camarín de Joan Crawford.

Telefonó a su casa para dar instrucciones a sus criados. Recordó a su secretaria ciertos detalles acerca de la cena, para la que tenía invitados. Encargó a su doncella que le dispusiera el abrigo que habría de llevar a la ópera esa noche. Llamó después a su marido, Douglas Fairbanks, Jr. (¿no me diga usted que no sabía que Joan era casada y que su marido es Douglas Fairbanks, Jr.?)

(Continúa en "Informaciones")



Siguió luego una interminable discusión relativa al corte de una de las escenas más dramáticas. Era ésta una de las mejores que tenía Joan en la nueva película y quería que el corte de la misma resultara cuidadoso y efectivo.

Cuando la entrevista con el «contador» hubo terminado, ya era llegada la hora del almuerzo.

—Y ahora, a comer, que lo necesitamos—dijo Joan, de buen humor, entrando al comedor del «estudio». Acababa apenas de pedir lo que deseaba, cuando un miembro del departamento de propaganda se nos acercó y le pidió a miss Crawford que otorgara una entrevista a una señorita periodista que había venido a verla y que no disponía más que de unas horas para estar en la ciudad.

—No hay descanso para el malvado—suspiró Joan.

Y durante una hora discutió con la señorita periodista la historia de su vida, de su carrera cinematográfica, de su fama, de su temprana educación, de su pasado y de su porvenir.

Terminada al fin la entrevista, subimos al artístico camarín de la joven «estrella», el que consiste de tres amplias salitas. Esta vez llegamos sin interrupciones y nos sentamos a disfrutar de una visita larga y tranquila.

Sonó la campana del teléfono. Joan tomó el aparato. Que la necesitaban en el escenario número 3, en donde el director Clarence

Brown la esperaba para discutir con ella las escenas que tenían que fotografiarse al día siguiente.

—Espero que no habrá usted olvidado que hoy es el día de descanso de una «estrella», ¿eh?—me dijo, disponiéndose a salir. ¿Se burlaba de mí? ¡Ah, Joan, Joan!

En el «set», Brown y Joan discutieron extensamente de ángulos fotográficos, de «bustos» y «terceros términos», de entradas y salidas. Mr. Brown le preguntó a la señorita Crawford cómo quería interpretar cierta escena. La señorita Crawford ensayó ante el señor Brown el diálogo de tal escena para observar el efecto. Supongo que cuando terminaron, los dos quedaron satisfechos. Yo no. Mas no era precisamente en la película en lo que yo pensaba.

Afuera nos esperaba uno de los fotógrafos para decir a Joan que ya estaban listas las últimas pruebas de sus retratos «de estudio». A ver las pruebas fuimos. Una hora se pasó examinando pruebas y más pruebas; unas recibieron la aprobación de Joan, otras fueron a dar al cesto. Las «mataron», como se dice por aquí. Joan escogió después las que más le gustaban y ordenó



Por ejemplo, me dice cuando le pregunto si es cierto que es rumano: «No. Uno no puede escoger el lugar del nacimiento. Yo no profesé el patriotismo en la forma en que la mayoría de individuos lo hacen. Yo no tengo simpatías o amor concentrado por Rumania. El hecho de haber nacido allí fué circunstancial. No lo escogí, y nada tengo que apreciar en ello... Soy ciudadano americano, y esta parte del continente es mi tierra...»

¿Hay muchas que se

griman en los ojos hablo de su pueblo natal... alabando las cosas que siempre quiso apartar de su memoria como recuerdos desagradables de su primera juventud...»

Robinson confiesa francamente que no siente amor por Rumania, y yo lo admiro por eso. Tiene el valor de decir lo que siente... En los primeros años de su juventud, el actor que acaba de convertirse casi en ídolo de una Nación, tenía una ambición suprema: convertirse en ministro de la Iglesia...

Pero su imaginación, demasiado viva para alimentarse largo rato una misma quimera, lo llevó más tarde a acariciar la idea de convertirse en abogado. Últimamente, por fin, decidió ser actor... En sus días escolares había tomado parte en muchas funciones teatrales como uno de tantos amateurs. De vez en cuando se subía en las tribunas de los barrios y daba muestras de sus facilidades oratorias...

La guerra vino a poner un compás de espera entre sus ambiciones y la realidad. Tuvo que hacer la campaña, como ciudadano americano, y durante el tiempo de la conflagración europea, sirvió en la marina de los Estados Unidos.

La primera vez que apareció en un teatro, Robinson estrenó su propia obra. Era un acto de vaudeville que el pequeño actor había creado... El título no podía ser más sugestivo y aporatoso: «Las campanas de la conciencia»...

Hace ocho años tuvo la primera oportunidad para aparecer en un film y sentir la emoción de firmar su primer contrato. Dice «Eddie» que su determinación de aparecer en la pantalla se debió a un hecho sin importancia para cualquiera otro: aquel contrato incluía un viaje a La Habana. Iba a realizar uno de sus sueños. Conocer la Perla de las Antillas... Y Robinson se embarcó en la aventura en la película que Richard Barthelmess iba a filmar en aquel lugar, y cuyo título fué «The Bright Shawls». Mas, la fortuna no estaba con él: a su llegada a La Habana el joven se enfermó seriamente y tuvo que volver a Norteamérica sin haber tomado parte en el film y con la enorme decepción de no haber cono-

La personalidad de Edward G. Robinson

por MARY M. SPAULDING

Edward G. Robinson, el héroe de «El pequeño César», «Smart Money» y «Five Star Final», tres joyas exquisitas y espléndidas de arte cinematográfico, se embadurna el rostro con crema...

Al penetrar en su camerino, y antes de que hubiese podido iniciar mi saludo, Robinson se acerca mientras se limpia las manos con una toalla que cuelga de su rubicundo cuello... en perfecto español, sin el más leve acento que pueda revelar su nacionalidad, me da la bienvenida.

Es un hombre genial. Uno de los actores cuya

cultura y amplio don de gentes lo colocan por encima de la inmensa mayoría de figuras que aparecen en la luminosa pantalla.

Edward Robinson conoce seis idiomas, y los habla con la misma facilidad que el propio. Esta circunstancia, desde luego, basada en sus viajes a través del mundo y en su anhelo de tomar un poco de cada pueblo, viviendo en su atmósfera y bebiendo en sus fuentes espirituales, único medio de ponerse en comunión con otras razas.

Es un ciudadano de todos los países. Aventurero, sensitivo, como corres-

ponde a las que han nacido artistas... con amplísimos horizontes mentales.

«Eddie»—como cariñosamente le llaman en familia y entre sus admiradores— nació en Bucarest, Rumania, el día 12 de diciembre de 1893. Su familia vino a la América cuando aún el pequeño Robinson era un muy joven. Asistió a la escuela pública de New York, y más tarde, del barrio del Este, salió para tomar un curso de arte en la Universidad de Columbia...

Robinson es ciudadano americano. Sus ideas respecto a la nacionalidad son peregrinas, originales,

y tienen cierta lógica contundente.

atreverían a declarar semejante cosa, lector? Seguramente que no. En su inmensa mayoría las personas alaban fervorosamente sus respectivas patrias, más por costumbre y temor que por necesidad imperiosa del fuego patrio... Me he encontrado en presencia del caso siguiente: «Una luminaria cinese, nacida en un polvoriento y olvidado pueblecillo de Texas, negó siempre la procedencia de su cuna. Empero, por necesidades del oficio, tuvo que presentarse en aquel Estado una vez, y con lá-

cido al país que tanto le llamaba la atención.

Edward Robinson es uno de los actores más populares actualmente, tanto en la pantalla sonora como en el drama del teatro legítimo. Versátil y emotivo, ha podido tomar diferentes papeles, mostrando en cada uno de sus caracterizaciones la misma fuerza dramática que electriza a las muchedumbres.

Edward Robinson tiene en su record de triunfos el hecho de haber aparecido en diez diferentes obras estrenadas en el teatro Guild, de New York, que es la aristocracia de los coliseos.

Ha trabajado en notables caracterizaciones en los siguientes dramas: «The Man with red Hair», «The Brothers Karamazov», «Juarez y Maximiliano», «Right You are if you think you are», «Peer Gynt», «The Adding Machine», «The Firebrand», «The Deluge», «Night Lodge Inn», «Laund», «The Idle Inn», «Under Fire», «Under Sentence», «Kibitzer» (esta la escribió en colaboración) y «Mister Samuels».

Ultimamente Robinson ha aparecido en la pantalla interpretando esos tipos de matones que tanta influencia tienen actualmente en la vida norteamericana. Le pregunté si sentía especial predilección por el referido tipo—en escena naturalmente—, y Robinson me responde de manera enfática: «Nada de eso. Prefiero tipos diversos, siempre nuevos pero los que menos me gustan son los que representan al «racketeer». Y añade: «Un actor debe estar preparado para asumir cualquier tipo especial de la vida. Su labor es interpretar física y espiritualmente, al máximo grado de perfección, aquellos individuos que han vivido en la historia, que se mueven en la sociedad o que fueron creados por la fantasía del dramaturgo o autor. Hacerse célebre en la creación de un solo tipo es más que arte, una rutina. El verdadero artista se renueva, avanza, supera su labor cada día, haciéndola a la vez entretenida».

Entre las diversiones favoritas a que se entrega Robinson, parece que la música tiene su predilección. Hay una anécdota simpática que refiere lo siguiente: «Aunque sus inclinaciones musicales sean

lentas, la verdad es que el actor no ha tenido nunca suficiente poder de expresar su arte con los instrumentos de música, y una vez, queriendo hacer algo creativo en este ramo, empujó varios pedacos de diversas piezas; mejor aún, rollos de pianos automáticos... Cuando hubo pegado un número de cuarenta fracciones de diferentes piezas, quiso probar su maravilloso invento, pero la señora Robinson, conocida artista y especialmente pianista de exquisito gusto, con dolor de su corazón confesó al célebre esposo que aquello era una algarabía musical capaz de sublevarle los nervios a cualquiera... Desde ese infamante día Robinson ha preferido escuchar lo que tocan otros pianistas y aceptar la música de otros compositores. Empero, sigue amando ese

arte con todo su corazón, y sus piezas favoritas son las de Richard Wagner, George Gershwin, Fields y Roger y Hart.

Lee mucho. Concentra su pensamiento en las lecturas instructivas, y sabe pasear por los sutiles jardines interiores de los poetas...

Un poco supersticioso, Robinson ha llevado consigo, desde hace muchos años, el mismo bastón. Es el compañero inseparable en sus largas caminatas que representan para el actor parte de las reglas higiénicas que sigue con regularidad. No se somete, en realidad, a dietas; pero insiste en la necesidad de comer muchas frutas... Cree absolutamente en aquello de «una

mente sana en un cuerpo sano»...

Y entre todas las cosas, Edward Robinson es un sentimental: casado por amor con una artista también famosa en el teatro legítimo, Gladys Lloyd, su afección no ha tenido cuarto menguante. Así, jamás el actor vuelve a su casa, después de sus cotidianos paseos matutinos, sin llevarle algún presente a la esposa. Unas veces, flores, otras un pañuelo de encajes, una nueva pieza musical, un cuadro raro. En fin, la atención gentil que hace amable a los novios y que hace rara avis a los maridos...

Robinson dice que los

principales cuidados de su vida giran alrededor de los seres siguientes: la madre, la esposa y los amigos.

El actor que tanto éxito ha alcanzado en la magna producción de First National, «Five Star Final», tiene cinco pies y ocho pulgadas de alto, pesa 138 libras, tiene ojos castaños y cabellos negros. El rostro, donde la inteligencia ha puesto su sello inconfundible, pudiera llamarse querubino...

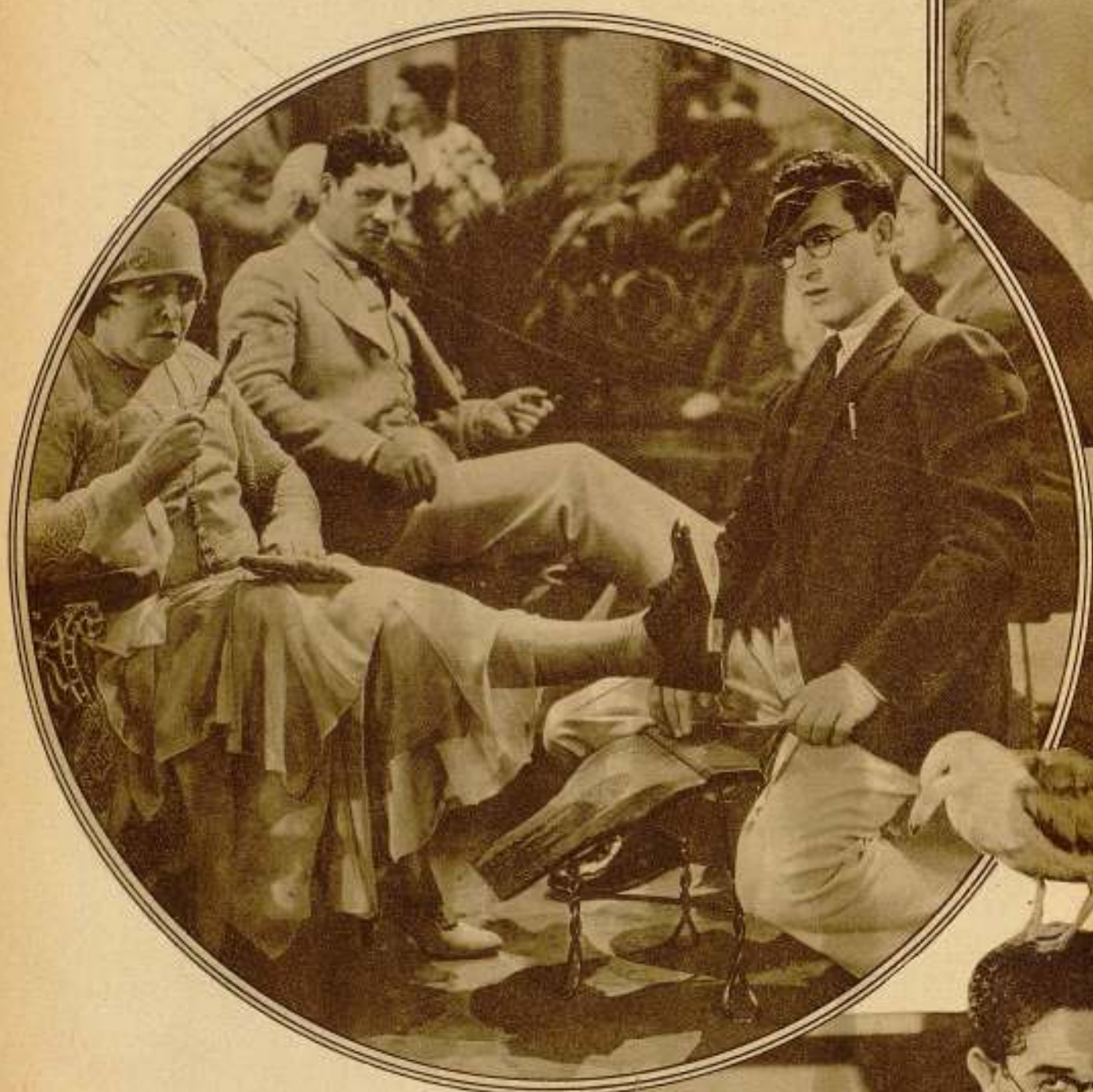
Las películas anteriores que hizo para la First National fueron «The Wild 2 from Chicago», «El pequeño César» y «El ídolo». Esta última simboliza bien lo que es Robinson actualmente para el pueblo americano. Y sin duda lo que será en breve para todos los pueblos de la tierra que admiran la labor sincera y llena de supremo humanismo, de este as entre los ases del cine...

New-York, 1931.

Edward G. Robinson es aficionado a la ruleta... y a las mujeres bonitas.



Los films de la temporada



¡AY, QUE ME CAIGO!

Entre las producciones que presenta la Paramount la presente temporada, figura este film cómico del hilarante y popularísimo Harold Lloyd, el de las gafas de carey. Harold Lloyd es indiscutiblemente uno de los ases de la risa por sus ingeniosos trucos y por su vis cómica.

En ¡Ay, que me caigo! alterna con él Bárbara Kent, una bonita artista que se va imponiendo en la pantalla por su temperamento y su gentileza.

20 ADULT
LIFE PRESERVERS



LA PEREGRINA BELLEZA DE LIL DAGOVER

La escena y la pantalla alemana pueden enorgullecerse de poseer una galería notable de bellezas, notable por la cantidad, por la variedad y por el valor de las individualidades. Entre estas individualidades pocas desuellan con mayor originalidad, con más acusada personalidad, con más peregrina belleza que Lil Dagover.

No es capricho de la casualidad si Lil Dagover se

conoce los secretos del arte que permite a una actriz aparecer en cada papel bajo una nueva luz. El arte de ser siempre distinta sin dejar de ser la misma.

Tres figuras de emperatriz ha encarnado hasta ahora Lil Dagover: María Teresa de Austria, Catali-

de la Ufa, dirigida por Erich Pommer y puesta en escena por Erik Charell. «El Congreso se divierte», muévase también Lil Dagover en un marco de ostentación y de riqueza. No es la soberana de otras veces, sino la gran dama que juega, en poco entre-

nivencias de los grandes personajes que en el Congreso tomaron parte. Dicha en una fórmula breve, Lil Dagover tiene la misión de seducir.

En este verbo parece resumirse la personalidad toda de la gran artista. Un pintor, y no de los menores, después de termi-

pero en su físico no es dable descubrir los trazos de la madona. Mucho menos todavía es la vampirisa, la mujer demoníaca. La inocencia y el sentimentalismo le son completamente ajenos. El dramatismo es, probablemente, la nota fundamental de su carácter, pero al mismo tiempo desborda en ella la gracia femenina. La línea de sus manos es de una nobleza exquisita. No es nunca coqueta y se con-



acostumbra a presentarse en público, bajo el manto de una soberana. No hay aire que mejor le cuadre que el de la majestad, ni ambiente más propicio y más próximo a sus facultades que el de la realeza. Pero no por ello es Lil Dagover en la tentación de estereotipar las figuras que crea. Este peligro, el más grave que corre en todos los artistas de la pantalla, ha sabido evitarlo Lil Dagover admirablemente. Nadie como ella

na de Rusia, Isabel de Inglaterra, esta última reina solamente por el título, pero emperatriz por la contextura espiritual. En los tres casos el mismo marco exterior de ostentación y de lujo, pero en cada uno de ellos se juega la partida singular de un gran destino femenino. En la última película sonora

bastidores, un papel decisivo sobre el curso del alta política. La condesa X es el instrumento del gran hombre de estado y no menos gran intrigante, Metternich — «espíritu movense» del Congreso de Viena —, hábilmente manipulado para descubrir las maniobras y las con-

nar su retrato al cabo de infinitas sesiones, escribió en su diario las notas siguientes: «No es posible aplicar a esta mujer las mismas medidas que al resto de las mujeres, y sobre todo de las artistas cuyo retrato se ha debido o querido pintar. No es la pecadora ni tampoco la redentora. Podría ser María,

prende que pase por fría. Entre ella y su interlocutor sabe crear siempre, sin dejar por ello de ser amable, una infranqueable distancia. Quizás resida su secreto en el exotismo de su origen. Nació en Java. ¿Hay algo de asiático en su ser? Quizá nada, quizá todo. Su sensibilidad es extraordinaria, y a un cuando en sus maneras nótase el arte de la composición no por ello podría acusársela de falta de naturalidad. Poseer una



año, su última película «El teniente seductor» fue filmada en los estudios de la Paramount en Nueva York.

«Una hora contigo» es el título que lleva la primera película en que actuará bajo el sonriente sol de California, y como en otros grandes éxitos del brillante actor, Ernst Lubitsch estará al cargo de la supervisión general de la producción.

gran retrato suyo es un goce de los ojos y una fiesta de espíritu.»

El lienzo en que el pintor fijó plásticamente este retrato literario ha figurado en no pocas exposiciones. Su autor ha rechazado siempre las ofertas—algunas muy elevadas—, que le han sido hechas para adquirirlo...

Lil Dagover nació en Java, y realizó así el sueño de no pocas estrellas de la pantalla. Pero vino a Europa cuando tenía seis años de edad. Primero a Suecia, después a Weimar, en un pensionado, donde se hicieron ya patentes sus excepcionales disposiciones para el teatro. Se casó, por primera vez, con un actor de la compañía de Max Reinhardt, en la cual hizo asimismo su debut. Trabajó después en los festivales dramáticos de Salzburgo, después en Viena, más tarde en Berlín. Robert Wience la atrajo por primera vez a la pantalla y Fritz Lang le atribuyó un papel en su inolvidable película «La muerte cansada». A partir de este momento se suceden los éxitos y los triunfos y Lil Dagover, como tantas otras respo-

wood. Pero la frialdad de la atmósfera norteamericana no se avino con su temperamento y regresó, casada por segunda vez, a Europa, haciendo escala primero en Londres y reintegrándose por fin de nuevo a Berlín. Es aquí, en el marco de la pantalla sonora alemana, donde Lil Dagover prepara su nueva carrera de triunfos.

HERNÁNDEZ

Maurice Chevalier, de regreso en Hollywood, se prepara a filmar varias películas.

Después de diez semanas de vacaciones en el Sur de Francia, el gran chansonnier, el artista de la contagiosa sonrisa, Maurice Chevalier, regresó a Hollywood para pasar unos meses en los estudios de la Paramount.

El gran astro del cine ha estado alejado de Hollywood por más de un



El diablo ríe al ver como la linda
Joan Marsh se condena
bailando.

Y Satán se refocila de
atracerla a su
reino.



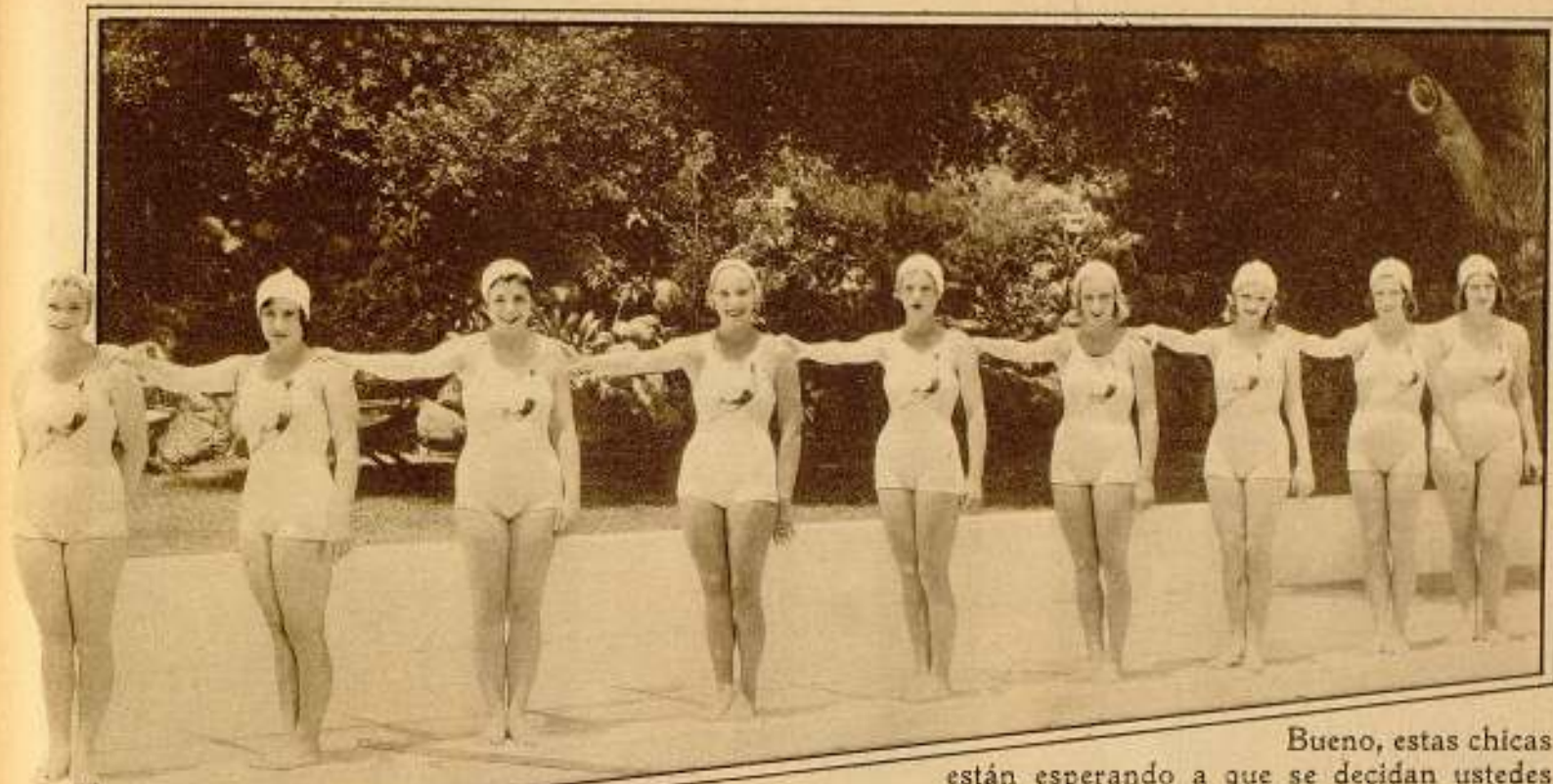
La gracia del
brillante no
estriba ni en
convención
ni prejuicio,
sino en este
movimiento
infinito y
policolor de
la luz al res-
balar por
sus aristas.

Joyero



JROCA

RAMBLA DEL CENTRO, 33 - PASAJE BACARDÍ, 2



Bueno, estas chicas
están esperando a que se decidan ustedes
a invitarlas para la fiesta de las uvas. ¿Las convidan o qué?





Varias escenas de la
 película de la First
 National, perte-
 neciente a Cine-
 matográfica Almirá

'BESAME OTRA VEZ'

interpretada
 por Berni
 ce Claire,
 Edward Eve-
 rett Hor-
 ton y
 Walter
 Pid-
 geon.





He aquí dos escenas
del film ruso, que presen-
tará en nuestras pantallas la
casa Gaumont.

EL CAMINO DE LA VIDA

Se atisba en ellas la originalísima
técnica rusa y su denso
dramatismo. Es, ade-
más, el primer film
sonoro y hablado
hecho en
Rusia.

©

CARAS BONITAS DE LA PANTALLA

BILLIE
DOVE

es una de las artistas del cinema que mayores méritos reúne para figurar en esta galería de caras bonitas.

Al decidírnos a traerla a esta página estamos seguros de contar con la aprobación de nuestros lectores, ya que no es discutible la belleza de esta muchacha. Pero si hay alguien que opine lo contrario, que lo diga.

ECOS DE LOS ESTUDIOS

Las locuras de un director

Entre Quillan y Robert Armstrong acaban de ser incorporados al reparto de «La flotilla aérea perdida», película RKO que concierne al heroísmo que demuestran los miembros de una flotilla aérea al cumplir las órdenes del director, quien, ciego de poderío, los manda a una muerte casi segura en una serie de maniobras locas, fruto de un cerebro desequilibrado. Erich von Stroheim será el director. Richard Dix, Joel McCrea, Hugh Herbert y Eric Linden, además de los susodichos Eddie Quillan y Robert Armstrong, interpretarán los roles principales, apoyados por el elemento femenino personificado por las encantadoras estrellas Mary Astor y Dorothy Jordan.

Esta última, Dorothy Jordan, actuará por primera vez para la editora RKO y su participación en las cintas de esa empresa será un motivo de júbilo para los millares de aficionados con que cuenta por todo el mundo.

¿Quién quiere ganarse un millón de dólares?

HOLLYWOOD ofrece un millón de dólares, acaso más, al hombre o mujer que se sienta capaz de dar una serie de opiniones que Hollywood necesita.

No hace falta que el aspirante al millonaje tenga preparación especial, ni el trabajo que se exigirá de él, o de ella, será mayor cosa. Bastará que se lea unas cincuenta novelas o argumentos de película y prediga, con razonable explicación, cómo las recibirá el público cuando las vea pasar por la pantalla.

Lo grave es—dice George Bancroft, el intérprete principal de «Locura de ricos»—que no habrá en el mundo quien pueda ganarse ese millón de dólares. La reacción de un individuo ante una película representa la de un número más o menos crecido de espectadores, y nunca el consenso general de opinión, que es lo que interesa saber a los productores.

Un ferrocarril de montaña en el taller

Es el gran pabellón de los estudios de la Ufa, en Neubabelsberg, tiene lugar actualmente el rodaje de una serie de interesantes escenas para la nueva ópera cinematográfica de gran espectáculo «Romano», dirigida por el productor Günther Stapenhorst y puesta en escena por el realizador Reinhold Schünzel.

Una de estas escenas se desarrolla en Perusa, la capital de un principado imaginario a la cual llega, como es natural, la protagonista de la nueva producción Käthe von Nagy. Los grandes dimensiones del taller principal de la Ufa han permitido instalar en el mismo el decorado necesario para representar un vasto panorama de montaña en el cual no falta siquiera el minúsculo ferrocarril de cremallera que establece la única comunicación entre el país fabuloso donde se desarrolla la acción de la ópera y el resto del mundo. Un ferrocarril completo, con su máquina y sus coches e incluso su túnel.

Para esta película ha escrito la música el célebre compositor Emmerich Kalman y la toma de vistas de las dos versiones, alemán y

francés, quedará pronto terminada. Käthe von Nagy es la protagonista de las dos versiones, secundada por Willy Fritsch en el film alemán y por Marc Dantzer en la versión francesa.

Nuestra Portada

En nuestra portada, Barry Norton y Luana Alcañiz, dos destacados artistas hispanoamericanos, principales personajes del film de los Artistas Asociados, hablado en español, «El Pasado Acusa».

En la contraportada, Gretel Berndt, protagonista de la ad irable comedia musical «Cuatro Estudiantes», de las Selecciones Gaumont.

Fíjese en mis ojos



El secreto de los ojos hermosos es usar el perfecto preparado

May-Wel

La Crema May-Wel oscurece y embellece instantáneamente las cejas y pestañas. Hace los ojos encantadores, atractivos y extraños de belleza. May-Wel se distingue de todos por su cepillito que es una moneda.

VENTA EN PERFUMERÍAS

Si no lo halla en su localidad, envíe, en sellos o giro postal, pesetas 4.50 y lo remitirá por correo.

J. OLIVER

Cortica, 569

BARCELONA

Unas palabras respecto de «La calle»

LA gran revista norteamericana «Liberty Magazine», que tiene unos dos millones de lectores, acaba de publicar un juicio en extremo favorable acerca de la reciente producción de Samuel Goldwyn «La calle».

«Califico este film—dice el crítico de dicha revista—como una película extraordinaria, pues ha sido realizada con una comprensión y una sensibilidad poco comunes por el mejor director americano, King Vidor, según la obra teatral de Elmer Rice que obtuvo el premio Pulitzer.

La acción, que se desarrolla en un rincón de los barrios populares de Nueva York, nos muestra los dramas cotidianos que viven realmente nuestros semejantes de condición humilde. Aunque la intriga nos lleve de piso en piso, el interés de la acción se concentra principalmente en los inquilinos del segundo, la familia Maurant.

Borracho, sombrío, desconfiado, Maurant al volver un día a su casa encuentra a su desgraciada esposa en compañía del lechero. Los mata y trata de huir. La policía lo detiene y deja, abandonados a sí mismos, a sus dos hijos, un niño y una niña.

Estos habrán de luchar solos por la vida. Bajo la dirección de King Vidor, el ojo de la cámara no penetra nunca en la miserable vivienda. Se sitúa en las ventanas, se detiene en la escalera y, no obstante, nos revela con una precisión sorprendente el alma de los que allí viven.

Ninguna película reciente ha presentado una escena más impresionante que la del regreso a su hogar de Maurant, sediento de venganza. Este momento del film tiene por simple sugestión una fuerza extraordinaria.

Ha muerto Robert Ames

LA brillante carrera teatral y cinematográfica de Robert Ames tuvo un final trágico por la muerte repentina del simpático actor en un hotel prominente del Park Avenue neoyorquino. Una hemorragia interna parece haber sido la causa.

Los actos de Robert Ames, tanto en su vida privada como en la profesional, tuvieron toques de sensacionalismo suficientes para atraerle noticias de primera plana. En cuatro ocasiones contrajo nupcias que resultaron en otros tantos divorcios. Sus tres últimas esposas fueron, sucesivamente, Frances Goddich, Vivienne Segal y Helen Muriel Oakes, esta última perteneciente a la más alta sociedad. Su primera actuación en el cine tuvo lugar en 1925 con Mary Astor, pero sus mayores éxitos se sucedieron rápidamente a partir de su actuación al lado de Ann Harding en la cinta clásica «Holidays». De entonces acá la habilidad artística de Robert Ames, junto con su magnetismo personal, contribuyeron mucho al buen éxito de producciones del calibre de «Millie», «Secretos de oficinas», «El triángulo del amor», «La mujer astuta» y «Una limosna de amor».

Primero con Robert Williams y ahora con Robert Ames, ha perdido la RKO directamente y los aficionados indirectamente dos de los intérpretes más preclados del cine, y tanto la una como los otros sentirán profundamente tan nefasta pérdida.

El próximo número de

POPULAR FILM

correspondiente a la semana de Reyes, será

extraordinario

publicándose en él abundantes gráficos en huecograbado e interesantes trabajos literarios originales de los colaboradores de nuestra revista.

INFORMACIONES

El día de descanso de Joan Crawford

(Continuación de las págs. 4 y 5)

y le habló de asuntos de importancia. Es decir, supongo que serían de importancia. De eso no me toca hablar a mí.

Cuando regresábamos a casa de Joan Crawford en su automóvil, el sol se ponía con la lentitud con que el sol se pone cuando no tiene otra cosa que hacer.

—Buenas noches—saludó el portero del estudio, cuando atravesábamos la verja—Mr. Mayer dice que desea verla mañana por la mañana, antes de que empiece usted a trabajar, señorita Crawford.

Joan se quedó muda de sorpresa. ¿Qué cosa no iban a pedirle hoy? Un poco más y le dirían que «entrar a su casa, descolgara al sol del occidente y lo encerrara en su dormitorio.

Hicimos la carrera en silencio. Joan estaba fatigada de haber «disfrutado tanto» de un día de descanso.

Ya en su casa, el secretario nos recibió con un recado del estudio.

—Acaban de enviar esta escena por mensajero especial. Parece ser que es necesario cambiarla por la anterior y que se usará en ella este diálogo. Tiene usted que habérselo aprendido para las nueve de la mañana.

¡Adiós cena! ¡Adiós ópera! Los invitados de la señorita Crawford tendrían que disculparla! ¡No podía pensar en acompañarles a cenar! ¡Imagínalos! ¡Una docena de páginas de diálogo que aprenderse de memoria! Aquella era la última de las sorpresas que el día nos reservaba. ¿O sería la última?

Pero, realmente, una «estrella» no sabe nunca lo que le está reservado en su día de descanso.

Había caído ya la noche y Joan, después de

una larga, sabrosa y «tranquila» «visita», me acompañaba hasta la puerta, cuando la llamaron al teléfono. Cuando regresó, mostraba un aspecto de desesperada diversión.

—No es nada—me dijo—. Era el departamento central del estudio. Antes de empezar mi nueva película, dispondré de una semana de libertad, y quieren que vaya yo a San Francisco a presentarme personalmente en algunos teatros. Además, tengo que sujetarme a una última prueba de vestidos. Pero no se desanime usted, quizá disponga de una tarde libre antes de empezar a trabajar en la nueva película.

—Tal vez—le contesté—. En tal caso, vendré a dar fin a mi visita.

Pero había ya llegado a la puerta... y a la conclusión de que la diferencia entre el día de descanso de un ciudadano común y corriente y el de una «estrella» cinematográfica consiste en que... ¡la «estrella» no deja de trabajar!

PERFILES DE ARTISTAS HISPANOAMERICANOS

BARRY NORTON

BARRY NORTON es oriundo de Buenos Aires. Perteneció a una de las más antiguas familias españolas y el verdadero nombre del joven actor es Alfredo de Biarben.

Barry recibió su educación en el Colegio Internacional de Buenos Aires, uno de los mejores centros docentes de la capital argentina, y en París, donde perfeccionó su educación con el estudio de otras lenguas.

Este joven galán de la pantalla parlante tiene el pelo negro y los ojos castaños. Su estatura es de un metro ochenta centímetros, pesa 72 kilos y es un excelente deportista. Sus deportes favoritos son el polo, la natación y el boxeo. Es también un buen pianista.

Precisamente a un combate de boxeo debe el joven argentino su carrera cinematográfica. Barry fue, en efecto, a los Estados Unidos a presenciar el gran combate entre Jack Dempsey y Luis Ángel Firpo.

Una vez satisfechos sus deseos, se dedicó durante algún tiempo a visitar el país llegando en su peregrinación a Hollywood, la Mecca de la cinematografía.

Tanto le fascinó el arte del celuloide y el ambiente de la colonia cinematográfica, que Barry sintió deseos de abandonar sus estudios diplomáticos y dedicarse a la pantalla. Consiguió trabajar como extra y poco a poco su talento y simpatía lo han llevado a la cumbre contribuyendo a ello su bilingüismo que le permite interpretar versiones inglesas y españolas de las películas.

Ha interpretado los films hispanoparlantes «Cascarrabias», «El cuerpo del delito», para la Paramount; «Oriente y Occidente» para la Universal; «El Código Penal» y «El pasado acusa» para la Columbia, producciones estas últimas que veremos esta temporada.

CARLOS VILLARIAS

CARLOS VILLARIAS tiene sin duda una larga y productiva experiencia como actor. A él cabe el honor de haber sido uno de los fundadores del teatro español en Nueva York.

Villarias nació en Córdoba el 7 de julio de 1892. Su padre fue un distinguido general del ejército español, de modo que el joven Carlos se educó en un ambiente militar.

Se educó en las escuelas privadas de San Sebastián y en la Universidad de Valladolid.

Villarias hizo su debut en las tablas, después, apareciendo en algunas celebradas operetas y actuando en el famoso Teatro de la Gaîté Lyrique, de París. Más tarde cruzó el Atlántico y trabajó en Norteamérica con Lou Tellegan en varias producciones dramáticas.

Nuestro compatriota ha tenido el honor de aparecer en prominentes films al lado de artistas como Pauline Frederick y Rodolfo Valentino.

En un período de un año, Carlos Villarias ha aparecido en varias películas dialogadas en español, entre ellas «El cuerpo del delito», «Amor audaz», «Del mismo barro», «El hombre malo» y «Drácula».

La Columbia le contrató para interpretar dos de sus producciones hispanoparlantes «El pasado acusa» y «El Código Penal», en las que realiza una labor digna de todo encomio.

MANUEL GRANADOS

MANUEL GRANADOS nació en Buenos Aires, la capital argentina. Sus padres eran profesionales del teatro.

La personalidad de Manuel Granados es una de las más interesantes del cine parlante. Su versatilidad es tal que para su carrera artística usa dos nombres distintos, el de Paul Ellis en los films hablados en inglés y el de Manuel Granados en los dialogados en español.

De carácter algo voluble, como muchos artistas, unas veces Granados se cansa del arte interpretativo y entra en la lidia taurina y otras veces se dedica a escribir. Su nombre ha aparecido en la mayoría de las revistas o magazines argentinos. Es aficionado a la lectura y a las corridas.

Como actor, carrera a la cual se dedicó desde su temprana juventud, Manuel Granados ha recorrido muchos de los principales países del globo.

El cine le atrajo irremisiblemente en 1924, apareciendo en el film «El bandolero» de la Me-

tro rodado en Europa. Desde entonces, ha cosechado muchos triunfos apareciendo en cuatro películas conocidas. Últimamente le fué confiado uno de los principales papeles del film de la Columbia «The good bad girl», volviendo a aparecer en la versión en español de esta misma película, cuyo título es «El pasado acusa». En esta versión Granados interpreta el papel de Sanders.

LUPE VÉLEZ

LUPE VÉLEZ, protagonista de «El puerto infernal», hace tres años que empezó su carrera cinematográfica, y en este breve espacio de tiempo ya conquistado ya los apodos de «Whoopee Lupe», «La locuela mejicana» y «El diablillo de Hollywood» entre otros. Quizás toda esta colorida nomenclatura con que se designa familiarmente a Lupe Vélez entre los cineastas hollywoodenses es debida a que nació en la ciudad de Méjico durante la época en que Pancho Villa perseguía a Carranza de colina en colina.

Lupe efectuó su primera aparición en público como ballarina, cuando a la edad de diez años apareció en un festival religioso danzando los tradicionales bailes mejicanos de modo tal, que fué contratada por un avisado empresario teatral. Actuando de bailarina en la ciudad de Méjico, Lupe Vélez se convirtió pronto en la favorita del público de la capital. Obtuvo especialmente un gran éxito en la revista «Ra-Ta-Plan». Mientras aparecía en esta obra, fué descubierta por un matrimonio americano, los señores Woodward, que insistieron para que fuese con ellos a Hollywood. Los padres de Lupe no estuvieron conformes con ello, pues querían que continuase allí para completar su educación. Al fin, decidieron mandar a su hija a los Estados Unidos para entrar en un convento inmediatamente y permanecer en él durante el resto de su período educativo. Un año más tarde Lupe Vélez estaba ya en Hollywood.

Hal Roach, el realizador de films cómicos, que tan popular se ha hecho en esta especialidad, fué el primero que apreció las aptitudes de la encantadora mejicana. Le dió papel en varias de sus películas, hasta que Douglas Fairbanks la descubrió y la confió un interesante papel en «El Gaucho» como «parlenaire» suya. Después de «El Gaucho», Lupe se convirtió en un personaje de Hollywood. Se vió solicitada por varios productores y aceptó una oferta de Cecil B. de Mille para actuar como oponente de Rod la Rocque en un film titulado en inglés «Stand and deliver». Después de esto, Joseph M. Schenck decidió incorporarla a la lista de estrellas de los Artistas Asociados. La primera película que hizo para esta editora fué «La melodía del amor», bajo la dirección de David W. Griffith.

Lupe Vélez tiene veinte años, pesa 49 kilos y su estatura es de 1'65 metros. Su padre era general del ejército mejicano y su madre una famosa cantante de ópera, mejicana también.



AL COMPÁS DE LAS HORAS

Exclusiva de Cinematográfica
Almira, S. A. — Ediciones Bistagne

(Continúa)

vida que él no podía darle, la vida que sólo habrían podido saborear entre sueños, pues la realidad fue tan seria que pudo decirse que un sueño más, se dirigió a casa de sus suegros, los señores Merry, hacienda pasar su tarjeta.

—André no había estado hacia años en aquella casa y su llegada en tales circunstancias, en aquellos momentos, produjo al señor Merry un verdadero asombro.

—¿Adónde lo que quiere ese hombre...? —Mendigar... exclamó.

—¡Retóbele! —le indicó su esposa.

—Por una sola vez... Pero si cree que va a vivir a mi casa, anda muy equivocada.

—¡Hágale entrar!

Momentos después, entraba, grave, triste, lentamente, el pobre André Freney.

La presencia de aquel hombre al que desde los primeros tiempos del casamiento no había visto, indignó en gran manera al señor Merry, quien le dijo con violencia:

—Si viene usted a suplicar algo de mí, pierda el tiempo.

—Señor Merry...

—Sepa usted que no me enteraré ni legraré nada de nosotros.

Habiendo con verdadera ira como si fuera a lanzarse contra su yerno, su esposa le continuó procurando tranquilizarle.

Frustrado, sin poderle lo más mínimo aquel comportamiento cuya hostilidad ya esperaba, André Freney, que por fin a los señores iba a aparar todo el fin del sacrificio, dijo:

—Soy un hombre de pocas palabras... Estoy dispuesto a separarme de su hija... y a no verla más... No quiero que siga pensando miseria a mi lado, junto a un hombre malo como yo...

—¿Y cómo sería usted?

Merry le miró con menos altanería. Aquel hombre empezaba a parecerle bien.

—En, estoy dispuesto a sacrificarme... continuó... Ivetle me quiere... yo trato de escribirle mi decisión... pero tiene miedo por ella... ¿sabía usted de que lo iba a dar un disgusto demasiado terrible? Yo ya me arreglaré, sea como sea. Pero no quiero que los años se desperdicien... Señora—dijo a su esposa—, yo sé el valor que voy a causar a mi Ivetle... I es preciso que usted, su mamá, se reconcilien, se reconcilien, se reconcilien... Que mi mujer y mi hija vivan otra vez tan felices... Yo las iré, jamás volverán ustedes a saber de mí... pero al menos tendrá la alegría de saber que a los míos no les falta nada.

La señora Merry contempló a su esposo, un poco conmovida. ¿No era cierto aceptar aquella proposición? ¿Por qué no atender también al yerno, y a procurar medios para ganarse la vida? Pero el adormido las intenciones de su esposa, hizo un gesto negativo, de acuerdo que tiene un corazón de hierro.

—Bien—dijo a André—, acepto su proposición siempre que esa separación que usted propone sea una cosa definitiva.

—Sí, sí, lo será.

—Entonces escriba usted una carta que le voy a dictar para Ivetle.

André obedeció sin contestar palabra.

—Escriba: «Ivetle... ya no lo quiero... Mi vida fue una equivocación al lado tuyo. Recibo mi libertad. Voy a pedir el divorcio.»

—¡Oh, yo no puedo escribir eso! (No es verdad... no es verdad) Amo a Ivetle con toda mi alma y por su amor realizo mi sacrificio.

—Tranquícese... Ella no leerá su carta... Es solamente un formalismo para el divorcio.

—¿Me lo promete usted?

—Nunca falló a mi palabra.

Y confiado en ella, el ingenuo André Freney escribió aquella carta en la que confesaba de modo tan fuerte su desamor.

Y con el alma rota de dolor ante la inmensidad de su sacrificio, salió de la casa fría y hostil de sus suegros para ir a pasar aquella noche en una sencilla pensión en espera de ordenar su nueva vida de solitario.

...

El señor Merry «cumplió su palabra». Le faltó tiempo para enviar con sello urgente la carta a Ivetle.

Ella creyó al principio víctima de un engaño, de una burla mentira... Aunque aquella era la letra de André era imposible que éste, tan enamorado, tan bueno, tan fiel, hubiese redactado una carta así de despedida. Pero pasaron las horas y él no llegó... Y entonces al darse cuenta de que había sido abandonada, de que André se alejaba de ella, engañó a su hijo y se dirigió a casa de sus padres para darles cuenta de su infortunio. Y los señores Merry hicieron maravillosamente su papel de sorprendidos y desconocedores del asunto. Así consiguieron durante el proceder de André que después de permitir que su mujer y su hija pasaran numerosas privaciones, las abandonaba incapaces de haberse ganado la vida.

Pasó ella unos días de desesperación pensando siempre en que André había de regresar, en que era imposible que su marcha fuese definitiva. Pero como los días transcurrían y nada se sabía de André, empezó a creer en esa verdad que él no la amaba. Pero no sentía de creencia... Estaba segura de que si André se había alejado de ella no era por desamor, sino porque no quería que continuara Ivetle y la niña aquella vida de pobreza a que el repentino apogamiento de su voz las había condenado... Y aunque sin

decirle a nadie, en el alma de Ivetle seguía manteniéndose un culto del noble, inmensable por André, y no lo olvidaba nunca... Y también la pequeña Ivetle, aunque disimulaba delante de sus abuelos, adoraba en silencio al ausente y muchas veces en su cama derramaba lágrimas en recuerdo suyo.

—¡Papa... Papa! —gemía en voz baja.

Y a veces sus lágrimas, y sus suspiros y aquel fremito con que se sentía adorada por el padre.

Los señores Merry entablaron inmediatamente la demanda de divorcio que creían iba a serles concedida... Ivetle, desconcertada, había accedido a la petición, únicamente con la esperanza de ver a su marido en el juicio de conciliación y poderle preguntar entonces si realmente no la quería, si no habían sido otros los móviles, generosidad, sacrificio, nobles, los que habían dictado aquella carta de despedida.

Pero los Merry estaban contentos. Habían recuperado a su hija. En breve ella alcanzaría la libertad y, quien sabe, acaso pudiera casarse con aquel pretendiente feo que no desahuyaba en sus propósitos.

Entretanto, la vida de André se desahuyaba por etapas completamente distintas de las anteriores. Desahuyaba el recuerdo de la vida pasada, pero no le era posible. Tenía el alma saturada por la imagen de Ivetle y de la niña.

En una entrevista que tuvo con Miguel, éste le propuso ir con él de payaso en una compañía de circo donde necesitaban precisamente dos clowns.

—¿Payaso yo? (Con lo amargado que estoy)

—¿Encontrarás muchos payasos alegres? No es un tópico literario el que el clown sea triste en su intimidad... Lo estoy yo... lo estamos muchos... El secreto es reír... hacer reír a los demás cuando en realidad nos reímos de nosotros mismos para no echarnos a llorar.

—¿Pero, ¿y qué tengo que hacer?

—¡Verás que sorpresa! No espera una vida agradable y alegre. ¡Ejerceremos una farsa fantástica!

Y André, ya sin vacilación propia y pensando que tal vez tuviese razón su amigo, aceptó.

Y un buen día debutaron en un circo ambulante, el Circo Bouffant, que según aseguraba el director en sus propagandas, había trabajado en todas las capitales del mundo.

Y a pesar de su carácter triste, del abatimiento en que estaba sumido su corazón, tuvo André un éxito extraordinario. Lo fundamental era reírse de sí mismo como ni le había dicho su compañero... Y con el deseo de olvidar, aunque sólo fuese por unas horas, reía en el escenario, conjetin mil simpatías y tonterías y hasta desternillaba de risa a los demás.

Se había embudado grotescamente el rostro. Al principio protestó contra esas facciones que su amigo le pintaba.

—No se preocupen. La belleza del payaso reside en su fealdad—le había dicho Miguel.

Y poco a poco se fue acostumbrando a aquella vida de clown, de farsa, del ambiente del circo en que todo era disfraz.

Y aquella pareja de clowns se complementaba tan bien que pronto llamó la atención de los empresarios, de los directores de teatro y empezaron a ofrecer contratos sobre ella, y uno de los principales teatros de París le contrató por una larga temporada.

La vida comenzaba a mejorarle. Ya tenían buen sueldo, ya había desaparecido el pavoroso problema de la escasez. Pero a medida que André iba gastando sus ahorros, se preguntaba para qué le servían ahora. Ya no volvería a ver más a su mujer ni a su hija. Imposible ir a ellas después de aquella carta de ruptura... Además, ¿qué dirían al verla convertida en un clown?

Seguiría callando, viviendo olvidado de todos, en una gloria que concebía inútil.

...

Pasaron tres meses, durante los cuales la demanda de divorcio llegó casi a su transición.

Al juicio de conciliación no concurrir André, definitivamente eliminado de aquel asunto. E Ivetle, que esperaba para aquel momento ver a su marido y poder oír de sus propios labios la confesión de su desamor, sufrió una gran desilusión al ver que André no concurría al acto, lo que significaba su firme decisión de dar cima a la demanda de divorcio.

André había querido evitar ir a aquel juicio, verse más con la mujer amada por la que lo había sacrificado todo. Certo que ahora volvía a tener dinero y acaso pudiera dar a su esposa y a su hija la seguridad de un enviable porvenir. Pero, ¿qué dirían ellas al ver convertida en un payaso? ¿No se avergonzarían acaso de su conducta? Y prefería callar, esconder en su corazón sus ternuras.

Durante aquellos meses había entretenido sus ocios ensayando otra vez diversos temas de canto y descubriendo con emoción que su voz volvía a adquirir raras matices.

Vió al médico, quien le aseguró que si seguía un plan riguroso, un método de verdadera educación, volvería a él la voz de otros días.

Y en efecto, cantando cada día un cuarto de hora, consiguió rehacer la cristalina pureza de su voz. Miguel estaba maravillado de oírle. Los demás artistas le preguntaban con extrañeza por qué teniendo aquel magnífico don no se dedicaba a él por entero.

—¿Que por qué soy payaso con esta voz?... ¡Porque

PRODUCTOS ROSINA

PARA LAS UÑAS

ESMALTE ROSINA - 2-PESETAS

En cuatro tonos: Blanco, Rosa, Rojo y Granate.

ESMALTE ROSINA NÁCAR - 4-PTAS.

NOVEDAD

QUITA ESMALTE ROSINA

1'50 PESETAS

MATAPIELES ROSINA

2-PESETAS

CORAL ROSINA

2-PESETAS

Los únicos que por su duración, brillo y calidad, son preferidos.

De venta en todas las Perfumerías

UNITAS, S. A.

Librería, 23 y Frenaría, 1 - Teléfono 19071 - BARCELONA

adere un oficio y no puedo abandonar al hombre que me acompañó—respondió.

Cierta tarde, los señores Merry fueron al teatro. Han en Ivette, a la que habían exigido volver a las fiestas mundanas, pero próxima a cumplimentarse a sostenida de divorcio, no había razón de seguir volviendo en el hogar. Les acompañaba su hija Lillette y el señor Miralles, que no había perdido la esperanza de casarse con Ivette.

Después de diversos números de circo, aparecieron una payasa.

Eran André y Miguel, pero tan disfrazados, tan desfigurados en su rostro lleno de colores, que nadie hubiera podido reconocer en ellos su verdadera fisonomía.

Al verlos aparecer, la pequeña Lillette rompió en un aplauso de júbilo.

—¡Payasa!... ¡Qué graciosa!

Y se dispuso a no perder ni un ápice de la actuación de aquellos clowns, mientras detrás de ella, el señor de Miralles en voz baja no cesaba de decirle cosas al oído a Ivette, a quien pensaba de nuevo casarse. Pero aunque ella tenía una sonrisa de felicidad, en alma seguía manteniéndose triste, con una de esas tristezas que sólo la voluntad heroica y el largo transcurso del tiempo logran borrar.

Ni Ivette ni su hija reconocieron en uno de aquellos grotescos y pintados payasos al buen André. Pero éste, de pronto, al pasar su mirada desviada por el público, vió en uno de los palcos a la hija de su corazón, a la mujer de su alma.

Se paró y se volvió hacia ella.

Yacía sobre sus talones y dijo en voz baja a su compañero:

—¡Son ellas! ¡Mi mujer!... ¡Mi hija!

—¡Cálma!—le dijo Miguel más sereno.

—No... no diré nada!... ¡Cálmate!

Empezaron a hacer chistes, pirlas, a cantar, acompañados del tamboril, a bailar, a coque del suelo de la manera ridícula que la hacen siempre los payasos. André veía cómo la niña aplaudía fervorosamente y cómo detrás de ella el señor de Miralles seguía hablando con Ivette.

Se sintió enojado y sólo por un indomable esfuerzo de voluntad consiguió acabar la función sin que le notasen su depresión moral.

Con lágrimas en los ojos, y a través de la tirilla del cortinaje como, tornándose la función, se dejaban Ivette y los suyos. El alma se le iba hacia allá, y a punto estuvo de correr a su lado y descubrir su verdadera personalidad y decirle que no sabía olvidar. Pero pudo más su risa, su impudencia coarctada.

Ya en su camerín desahogó sus penas en el pecho del amigo.

—¡Tengo miedo para mí! Ya vez... mi mujer ya busca momentos en otro... ¡Ni siquiera debe acordarse de mí!

Y aquella noche fue para él de intenso dolor como si hubiese dado un definitivo adiós a su pasado.

Los señores de Merry en unión de su hija Ivette prepararon en su casa una fiesta de beneficencia.

Ivette procuraba acudir en la medida de su voluntad a una constante actividad. Su alma seguía vibrando al darse recuerdo de André. En vano Miralles le hacía la corte. Ella sólo tenía para los payasos amigos una continua indiferencia.

Tan tarde en unión de sus padres y de Lillette estaban tratando de la fiesta que iban a dar a beneficio de la obra de los pequeños ciudadanos del campo.

—¿Queréis que estos niños?—preguntó Lillette a su abuela.

—Son los niños pobres, privados de aire y de sol. Son niños a los que sus padres, al trabajando mucho, les pueden alimentar bien.

—¡Ah! ¿Cómo paga cuando yo había mala cara?—dijo ingenuamente la niña.

La evolución de André siguió a todos en un repentino silencio que interrumpió el señor Merry, diciendo:

—El presidente del Comité me dijo que yo mismo reclutaba artistas para la fiesta benéfica... y que yo podría escribir algo alusivo a ella.

—Muy bien pensado!

—¿Por qué no tratas los clowns?—dijo la niña.

—¿Clowns?

—Sí, los que vimos el otro día en el circo... ¡Más graciosos! Mira, voy a hacer el programa.

La pequeña le entregó el programa, y como el señor Merry veía, además de los clowns las fotografías de unas bailarinas muy interesantes, aceptó en unión de su hija, y dijo:

—Yo mismo iré a contratar los clowns... Será un buen programa.

—Su esposa le miró severamente.

—Si vas al circo, no irás solo... Te acompañará Ivette... En las bailarinas le han gustado demasiado... Ivette, ve con él y bús el favor de no abandonar a tu padre.

No le hizo al señor Merry demasiada gracia la idea de aquella compañía, pero tuvo que resignarse a ello.

Y al día siguiente fue al circo con su hija. Al pasar por uno de los corredores, vió a unas muchachas bellísimas que vestían ligeros ropas, y con el ánimo de dirigirse tras ellas, dijo a Ivette:

—Un momento... espérame tú a hablar con los clowns. Ve voy a dar una orden al chofer.

Desapareció más que de prisa, mientras Ivette, asustada, contemplando la debilidad de su padre, preguntaba dónde se hallaba el camarín de los payasos. Llamó. Una voz fuerte le ordenó pernoche y ella entró. Los dos clowns se hallaban vestidos ante el tocador.

André, que llevaba toda la cara embalsamada, azul, grotesca, para salir en breve a escena, contempló asombrado a su esposa. También Miguel, que conocía a Ivette y que igualmente llevaba el rostro desfigurado, miró a aquella hermosa dama con inquietud.

—¿A qué venís? ¿Es que acaso habéis descubierto su personalidad?

Ivette, bien ignorante de que uno de aquellos clowns fuera su esposo, dijo mientras se quitaba los guantes:

—Perdonen que les moleste... Se trata de una función benéfica... Mi papá, vicepresidente del Comité,

solicita su colaboración aconsejado por mi hija que está loca por ustedes. Vienen a dar una fiesta el domingo por la noche. Espero no ha de fallarme su ayuda.

Miguel estaba desconcertado, sin saber qué decir contemplando de lejos a su compañero que, sentado en una silla, aparecía con los ojos bajos, inmóvil, como si sólo viviera una vida interior.

Pero al cabo, Miguel preguntó a Ivette:

—¿Dijo usted el domingo?

—¡Sí!

—¡No puedo ser!... El viernes estaremos camino de Buenos Aires.

André, desfigurando la voz, exclamó:

—No... no estaremos en camino... Podremos actuar.

—Gracias, señores... Tengan mi dirección... Pero, oh, sólo tengo tarjetas antiguas... Borraré mi nombre y escribiré la dirección de papá.

Mientras lo hacía, su esposa la contemplaba con reverencia sintiendo impulsos de descubrir su secreto, de decirle quién era, con qué locura la amaba. Pero se mantuvo fuerte, vencedor en su voluntad.

Ella se dio la tarjeta, y los dijo:

—Les damos cinco mil francos.

—¡No! ¡Nada!—exclamó André.

Entró el señor Merry, que había fracasado en su intento de conquista amorosa.

—Ya estamos convenidos—le dijo Ivette— Acaptemos actuar en casa.

—¡Oh, muy bien, muy bien!—exclamó dando la mano a Miguel y saludando con una ligera inclinación a André, que se le había movido de su sitio— La cosa es fácil... Es preciso que aprendas una canción más que la que estás cantando al señor de Miralles... Para que la canten ustedes será preciso fijar un día de ensayo.

—Estamos a su disposición.

—¿Mañana a las ocho?

—De momento.

—Adiós, señores, y muy agradecidos a todos.

Salieron padre e hija, y André arrancó entonces en un llanto de desesperanza.

—¡Pobre amigo mío!—le dijo Miguel—. ¿Por qué has aceptado? ¿Por qué le infliges voluntariamente el sufrimiento de ir a ver a los payasos?

—Sufrir... sufrir mucho... pero he de verlos... una vez más... una vez más...

Y al día siguiente los señores Merry, su hija, su nieto y el señor de Miralles esperaban impacientes la llegada de los clowns.

Los clowns no vendrán con la cura del teatro... También tienen una cara como el abuelo—explicaba Ivette a su hija—. Al terminar su trabajo se quitan el blanque y el rojo.

—Ya... como tú, mamá Francisca—dijo riendo y mirando a su abuelita.

El criado anunció la llegada de los clowns. Y estos aparecieron con sus vestidos de teatro, con sus rostros desfigurados por la pintura... André lo había dispuesto así. De esta manera no los reconocerían.

obtendrá el
cabello rubio
como el oro
brillante y her-
moso con la
loción vegetal
JUGO DE ORO

La Florida, S.A.
Avenida 222
BARCELONA

—Hemos venido así para estar ya dispuestos para el circo—dijo Miguel.

Para André era aquel momento de suprema nerviosidad. Volvió a pisar la casa de sus suegros, donde había recibido tantas humillaciones. Sus pupilas, cubiertas por la blanca máscara, contemplaban de lejos a Ivette, que tenía un gesto tranquilo, sereno. ¿Es que ella quería casarse a Miralles?

El señor Merry les presentó al señor Miralles: «mi compositor». André estrechó la mano de éste de manera tan violenta, que Miralles, hombre no muy fuerte, sintió un profundo dolor.

Lillette se le movió del lado de los payasos, bromeando con ellos, riendo, jugueteando, acortando el traje de André...

Y éste, loco de amargura, tenía que realizar grandes esfuerzos para no descubrirlos, para no abrazar a aquella hija de su alma y de su vida.

El señor Miralles cantó su canción, y la música fue inmediatamente conocida por los dos clowns como la de una vieja ópera. ¿Pues así que era original aquel color?

Ensayaron. André apenas cantaba, turbadísimo, mirando a la niña, a Ivette, que ni por asomo podía sospechar la tragedia que se estaba viviendo allí mismo. ¿Cómo podía reconocer a su esposa en aquel clown desfigurado y extraño?

La pequeña no cesaba de interrumpir, de preguntar, de tapar con sus preguntas, el ensayo.

—Esa criatura es insuperable—dijo su abuelo—.

—¿Llegada a la fama?

—No quiero! ¡No quiero!

Lloró furiosamente. La «nurse» quiso llevarla de allí, pero Lillette protestó:

—¡Ir a la cama si me acompaña el clown... Ven... ven...

—Pero, ¿qué locura!

—¡Oh, con mucho gusto!—dijo el clown.

Y André, dando la mano a su hija, la llevó a la habitación, mientras Miralles y sus amigos volvían a ensayar la canción, contentos de que la niña les dejara en paz.

El mismo André ayudó a desnudar a su hija y a meterla en cama. Ya André, que se sentía atorado de una infinita ternura, le acarició discretamente, y la niña dijo:

—¿Queréis cantar una canción? Cuando cantas me parece escuchar a papá.

—¿Te gusta? ¿Te acuerdas de tu papá?

—¡Oh, sí! Siempre... siempre! ¡Nunca encontré otro papá como el mío que canta cosas tan bonitas!

—¿Te acuerdas de sus canciones?

—¡Sí!

—¿No le cantaba esa?

Y su voz, que se rompía de emoción, empezó las primeras notas de aquella sentimental canción de casa que tanto le cantara.

—¡Sí, ésta me cantaba!—dijo Lillette—. ¡Cántala toda si la sabes!

—¡La cantará si le duermes!

Y el payaso, el padre que no podía manifestar su personalidad, cantó aquel trazo coqueado de un alma sentimental y buena... y cantaba con tanta ternura, con tanto amor, que la niña se puso de rodillas en su cama y le interrumpió con un grito dando del fondo de su alma, descubriendo de pronto la verdad:

—Papá!... ¡Eres tú!... ¡Papá!... Esta canción la cantas como antes... ¡Oh, papá!

Se abrazaba a él llorando, besándole en el rostro.

—¡Sí... soy yo... la padre!... No puedo engañarte más...—dijo vencido por el amor paternal.

—Papá... acércate la pintura! Quiero que me beses pero sin esa cara... Así no...

Sin saber lo que hacía, él limpió rápidamente el rostro y aparecieron los facciones delicadas y auténticas. Y ahora en silencio se fundieron en un nuevo abrazo de amor.

La «nurse» había entrado en la habitación y al ver a su niña y al clown abrazados besos y llorando, corrió a advertir a Ivette lo que estaba sucediendo.

Estupefacta Ivette se dirigió a la alcoba de su hija y se detuvo en el umbral a trepales de una emoción única.

—André! ¡Tú! ¡Tú! ¡Oh, cómo no habías adivinado antes!

—¡Mi Ivette!

Lograron, abrazos, explicaciones, besos desesperados...

El le contó lo que había sufrido, y cómo se había podido continuar la farsa en que se abocaba su corazón. Ella le juró quererle siempre, siempre.

—¿Y Miralles?

—¿Qué me importa ese hombre? Te quiero a ti... a nadie más... Besos payaso, besos cantante. ¡No importa! ¡Te quiero!

—¡Oh, Ivette!

Y así, abrazados, permanecieron largo rato hasta que vinieron los señores Merry y descubrieron asombrados la realidad.

En vano protestaron y quisieron alejar André de Ivette. Esta vez no era posible. El amor había pasado por una difícil prueba, pero triunfaba al fin sobre todos los egoísmos y convenciones. Y el señor de Miralles tuvo que marchar derrotado y comprendiendo que jamás podría llevarse el marido de Ivette.

FIN

Ya instalados en su hotel, al que pusieron «Villa-Luz» como al que la Venus Roja tuvo en París, empezaron su nueva vida.

Formalizados sus respectivos contratos en las oficinas de la Metro Goldwyn Mayer, visitaron los estudios de Culver City, acompañadas de un alto empleado de la empresa y de varias «estrellas».

Olga y Fresia iban de sorpresa en sorpresa. Les parecía estar dando la vuelta al mundo en un viaje rápido, a pie y sin cansancio.

Aquí se hallaban en plena selva africana, con sus árboles milenarios y con los rugidos de sus fieras; más allá, sólo a unos pasos, entraban por una calle londinense; luego cruzaron por delante de las pirámides; después entraron en «Notre Dame», de París para encontrarse, al salir del templo, en pleno desierto, con su caravana de camellos.

XXV

J U A N D E E S P A Ñ A

para cuando por si mismas estuvieran en condiciones de elegir y seleccionar a sus invitados.

—Olvidarse de alguna persona importante o influyente, sería lamentable, pero tan lamentable como esto sería atraer a la fiesta a determinadas gentes—les dijo.

Ambas amigas quedaron convencidas de la sensatez de estas razones.

XXIV

No pudieron Olga y Fresia declinar el ofrecimiento que les hiciera Marion Davies de alojarse provisionalmente en su magnífica villa. Les hizo preparar unas habitaciones amplias, claras y alegres que ocupaban todo el ala izquierda del edificio. Por supuesto, que Vera, se instaló allí con ellas.

Sin embargo, tanto la Venus Roja como la inglesa se hicieron el propósito de abusar el menos tiempo posible de la magnánima gentileza de la célebre «estrella». Este propósito se convirtió en deseo vehemente ante el número de visitas obligadas que tenían que recibir y ante el acoso constante de periodistas y fotógrafos.

Así es, que Olga y Fresia, salieron una mañana en distintas direcciones dispuestas a buscar lugar independiente donde trasladarse en seguida. La inglesa fue la que tuvo más suerte en su pesquisa. Encontró allí

Al siguiente día, la rusa y la inglesa se ocuparon del mobiliario del hotel. Todo muy sobrio y confortable. Le añadieron unos graciosos detalles artísticos. Les aseguraron que aquella misma semana quedaría hecha la instalación. Pensaban inaugurar su nuevo domicilio con una gran fiesta, pero Marion les aconsejó que la aplazaran.

Retruco, oportuna, Fresia: —¡No nos confunda usted más con su bondad, querida amiga! Marion Davies sonrió resignándose. El resto de la comida hablaron de la vida en los estudios. Marion les aconsejó con agudeza y discreta-mente las advertió de las amistades que podían com-prometer su reputación. Olga y Fresia le agradecieron vivamente sus adver-tencias. La «estrella» terminó diciéndoles: —Conste que no las prevengo contra nadie, pero es que Hollywood es una ciudad desequilibrada y hay que procurar guardar en ella el equilibrio, cosa más difícil que en cualquier otro lugar del mundo. Hollywood tiene voz y cuerpo de sirena y es peligroso dejarse sugestio-nar por su encanto, casi irresistible.

L A V E N U S R O I A

J U A N D E E S P A Ñ A

mismo, en Santa Mónica, un hotelito en venta. Visitó sus dependencias quedando satisfecha de su distribu-ción, así como del precio que le pidieron por el inmue-ble.

Pertenecía el hotel a una «estrella» suramericana, que a punto de eclipsarse en la pantalla se había de-cidido a dejar Hollywood.

Fresia le comunicó a Olga su hallazgo. Fueron jun-tas por la tarde al hotelito y lo adquirieron.

Por la noche, durante la comida, pusieron al corrien-te a Marion de la adquisición que acababan de hacer. Marion, repuso contrariada:

—«Pero qué prisa tenían ustedes?» «Es que no en-cuentran grato el alojamiento que les he dado?»

—«Todo lo contrario, pero es que no tenemos ningún derecho a abusar de su generosidad—contestó Olga.

—«Naturalmente que no!»—insistió Fresia.

—«Oh, mi generosidad! No hay tal, amigas mías. Es sólo placer egoísta de tener cerca de mí dos mujeres tan exquisitas y tan encantadoramente bellas, que se las disputan Hollywood entero—comentó la «estrella».

—«Es una gentil manera de disfrazar su bondad—subrayó la Venus.

—«¿Qué ha de ser! Es la satisfacción de causar la envidia de las demás «estrellas» de esta enorme fábrica de films. Todos me disputarían este honor—afirmó Marion.

Invitaron en este recorrido seis o siete horas: mu-cho para una jornada a pie, muy poco para haber vi-sitado los países y las ciudades más diversas y dis-tantes. De todas formas, había que tomar un refrigerio. Y a las visitantes, con los que les acompañaron en su pintoresca e interesantísima excursión, fueron obse-quadas en el restaurante del estudio con pastas, em-

En Culver City, como en otros grandes estudios ci-nes, en efecto, maravilloso e increíble. Y es, en efecto, maravilloso e increíble. Y es, en efecto, maravilloso e increíble. Y es, en efecto, maravilloso e increíble.

—«Pero esto es increíblemente maravilloso!»—excla-maban de vez en cuando Fresia y Olga. cantos de paz, doradas espigas.

¡Aquí un campo de batalla—repique de ametralla-doras y silbidos de obús—, allá un campo de trigo—

¡A un cielo claro y luminoso, sucedía otro cubierto de nubes amenazadoras!; sol radiante y tormenta ho-

¡Inmediatamente en una calle andaluza. medio kilómetro se encontraron en una aldea china e marítimo, con la playa llena de bañistas. A menos de

J U A N D E E S P A Ñ A

L A V E N U S R O I A

paredados y champagne, contraviniendo, una vez más, la ley seca.

«Pero qué diantre! En un estudio están permitidos los vinos y los licores. Un estudio de Hollywood no pertenece, en rigor, a Norteamérica. Un estudio de Ho-lywood, es a la vez, Londres, Africa, China, España, Egipto, París, Sahara, Verdún y el Atlántico. Un es-tudio es la tierra toda y es también, únicamente, una colosal fábrica de cintas cinematográficas.



Cavas en San Sadurní de Noya



Peluquería para Señoras

Ondulación permanente

Completa 15 ptas.

Realizada con los mejores aparatos modernos, conocidos hasta la fecha.

**ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES
SOCIEDAD ANÓNIMA**

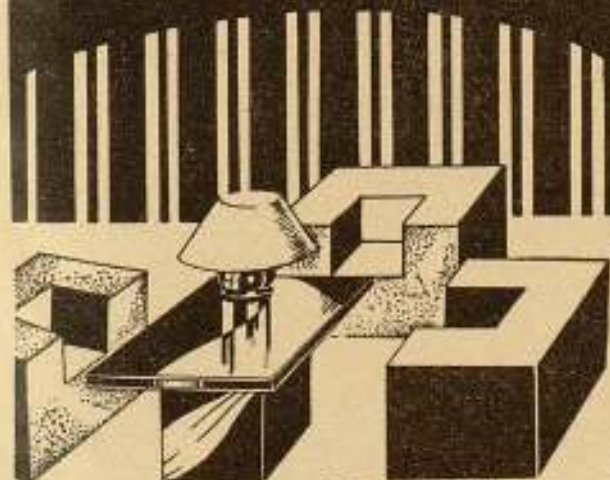
Ronda San Antonio, n.º 1
(Entrada por la Perfumería)
Teléfono 15754 - Barcelona

PUBLICIDAD.

La mejor realizada
es la que se haga en

POPULAR FILM

Muebles "El 104"



104-HOSPITAL-104-TEL-18414-BARCELONA

